

S
S
SERVICIO SECRETO



LOS PASATIEMPOS DE IVETTE

john lack

El «Boeing» de la «T. W. A.» había tomado tierra y rodaba por la pista número dos del aeropuerto parisino de Orly.

Un joven de unos veintiséis años, embutido en un jersey negro, de cuello alto, miró a otro hombre vestido con discreta elegancia que había a su lado, y murmuró:

—¿Estás seguro, Louis?

—Completamente. Lomel no se habría molestado en ponerme el cable.

Guardaron silencio. A su alrededor hablaba una pareja en un inglés bronco, con acento alemán. Estaban en la terraza destinada al público que quería contemplar el movimiento del aeródromo.



John Lack

Los pasatiempos de Ivette

Bolsilibros - Servicio Secreto - 622

ePub r1.0

Lds 09.10.17

Título original: *Los pasatiempos de Ivette*

John Lack, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



CAPÍTULO PRIMERO

El «Boeing» de la
«T. W. A.»

había tomado tierra y rodaba por la pista número dos del aeropuerto parisino de Orly.

Un joven de unos veintiséis años, embutido en un jersey negro, de cuello alto, miró a otro hombre vestido con discreta elegancia que había a su lado, y murmuró:

—¿Estás seguro, Louis?

—Completamente. Lomel no se habría molestado en ponerme el cable.

Guardaron silencio. A su alrededor hablaba una pareja en un inglés bronco, con acento alemán. Estaban en la terraza destinada al público que quería contemplar el movimiento del aeródromo.

El gigantesco «jet» se había detenido a corta distancia, terminada la maniobra, y acababan de colocar la escalera. La primera que apareció en la puerta del avión fue una japonesa elegantemente vestida a la europea, seguida de un gigantesco rubio con aspecto de deportista.

La japonesita sonrió ampliamente y agitó su mano, mientras varios reporteros gráficos disparaban sus «*flashes*».

—Repórtate, Pierre. Estás nervioso —dijo el llamar de Louis ti joven del jersey negro.

—Es todo muy extraño, ¿no te parece?

—Lo averiguaremos.

El llamado Louis casi doblaba en años a Pierre. Era alto y corpulento, con una incipiente calvicie que parecía favorecer su elegante aspecto.

Iban bajando los pasajeros. La japonesita y el gigante rubio

fueron rodeados por un grupo de periodistas. El atleta quería acaparar la atención de ellos, y hablaba sonriendo. Pero debía ser más noticia la joven, y a ella asediaban los periodistas.

—Aquellos dos son —murmuró Louis.

—Ese tipo tiene aspecto de luchador. Debe ser su guardaespaldas.

—Vuelve al coche. Ya sabes, no pierdas su pista.

—Descuida.

Pierre se abrió paso entre los curiosos en busca de la salida... Louis se quedó en la terraza. No perdió de vista al hombre menudo, de cabello plateado, a quien esperaba, ni a su desconocido acompañante, un joven atlético, de unos veintiocho años, de porte distinguido y tal vez de un metro noventa de estatura. Y en la pista, se puso el joven a la izquierda del otro e intercambiaron unas pocas palabras.

Louis abandonó la terraza cuando les vio desaparecer hacia las oficinas de la aduana. Conocía bien el terreno que pisaba, y fue hasta la sala de espera. Se entretuvo viendo las revistas expuestas, mientras no perdía detalle de cuanto ocurría alrededor.

Hizo un gesto de contrariedad al ver que le observaba un hombre de cara mofletuda y vulgar, con un abrigo reversible y un sombrero gris.

Louis fingió enfrascarse en la contemplación de las portadas de las revistas. El del abrigo reversible se acercó a él, diciendo con ironía:

—Interesante «Match», ¿eh, Vitiers?

—Hola, inspector Planell. Muy interesante.

—Menos que la puerta, al parecer. ¿Quién ha llegado en el «Boeing»?

—Supongo que muchos turistas, como siempre. ¿O viene algún personaje de especial significación?

—¿Qué te traes entre manos, Vitiers?

—¡Déjeme en paz! ¿No puedo ir donde me plazca, como cualquier otro hijo de vecino?

—Está bien. No te enfades, amigo. Pero ten mucho cuidado. Un resbalón te puede ser fatal después del asunto del «Lyon Enchainé».

—¿Todavía no se le ha metido en la cabeza que no tuve nada que ver en ese asunto?

—Para los jueces, no; pero yo no soy juez.

—Por fortuna para muchos.

—Entre los que te cuentas tú. No lo olvides.

Se separó el inspector y paseó despacio por la sala de espera, con fingido aire de aburrimiento. Louis pensaba en unos cuantos antepasados del inspector Planell tenía un adoquín por cabeza. No había quien le arrancara sus ideas fijas.

Circunstancialmente se fijó Vitiers en una monada de criatura, una rubia imponente, de dieciocho o veinte años extraordinariamente aprovechados. Ya no la perdió de vista, solazándose en su contemplación, tal vea para hacer desaparecer el regusto amargo que le había dejado la presencia del inspector.

Iban saliendo ya los primeros pasajeros con sus equipajes de memo. Vitiers se quedó asombrado al ver que la llamativa rubia avanzaba sonriendo al encuentro del pasajero que él había estado esperando. Trató de captar la conversación, pero no lo logró. Por el contrario, tuvo que disimular al ver que el inspector le estaba observando.

Lo que sí vio fue que la rubia era presentada al joven acompañante del pasajero que le interesaba, y que ambos se estrechaban la mano con naturalidad, marchando los tres juntos hacia la salida.

Louis compró un periódico cualquiera y se dirigió hacia la salida ojeando los titulares. Ya habían desaparecido los dos hombres y la joven. Aún tuvo ocasión de verles arrancar a buena velocidad en un «Florida» descapotable, conducido por la hermosa rubia.

Un «Citroën» arrancó inmediatamente. Junto al conductor iba Pierre.

Vitiers se dirigió lentamente hacia su coche. Al abrir la portezuela aprovechó para mirar hacia atrás. El inspector Planell había salido también y le observaba sin ningún disimulo. Por esta razón, no tuvo la menor prisa en ponerse en marcha, y solamente lo hizo cuando la japonesita y el gigante rubio lograron meterse en un lujoso automóvil que les esperaba, zafándose de los reporteros y de unas veinte personas que les asediaban en petición de autógrafos.

Louis pensó que se trataría de la Ikeda, cuya actuación en la televisión había sido anunciada.

Ivette Delange se sentía incómoda por la persistente mirada del hombre que se había colocado a su lado, en la barra de aquel bar del *boulevard* St. Michael.

Tenía la impresión de que el hombre la estaba desnudando con la mirada. Incómoda, sacó del bolso un cigarrillo y lo encendió. Luego se giró un poco más en el taburete, y dio casi la espalda al observador. Consultó su reloj. Las once y diez. Lionel se retrasaba. Diez minutos ya. No la gustaba esperar. Tomó un sorbo de Martini seco que tenía frente a ella y aprovechó la ocasión para mirar a hurtadillas al tipo aquél. El hombre le guiñó un ojo. Ella se volvió otra vez, y vio que también el hombre que había de pie al otro lado y un poco separado la miraba con interés. Hasta entonces le había visto pendiente de la puerta de entrada y algo impaciente.

—Si se siente a disgusto, puedo hacerle compañía —dijo el hombre, que debía ser un buen observador.

Había dado un par de pasos, acercándose a ella y arrastrando al mismo tiempo por el mostrador el vaso y la botella de cerveza.

—Se lo agradezco.

—Ciertos individuos deberían llevar gafas ahumadas —comentó el desconocido.

—Tiene razón. Espero a un amigo.

—También yo. Me llamo Roger Descamps.

Ella hizo una leve inclinación de cabeza, pero no indicó cuál era su nombre, como esperaba Roger.

Entró un joven con pantalones ajustados y negros, como el jersey de cuello cito. Se situó entre Ivette y el tipo que la miraba con tanto descaro, pidió en voz alta coñac, y dijo precipitadamente al de su derecha:

—Tenían reservada habitación en el hotel del Midi. Pero no a nombre de Jules Vernunt, sino de Paul Lezard y Frank Shunt.

—Eso es peor. Algo se trae entre manos, cuando no da su verdadero nombre.

—Digo yo si no nos habremos equivocado, Louis.

—No me tomes por un topo. Es idéntico a la fotografía.

—Sí, se le parece. Pero no tiene por qué ocultar su identidad.

—¿Has averiguado quién es la chica?

—El guardaespaldas la ha llamado señorita Grenier. Preciosa la chiquilla —dijo Pierre.

—Vuelve allí enseguida y no les pierdas de vista.

—Se ha quedado Antoine. ¿Te dice algo el apellido de la chica?

—No. Desde luego conocía la llegada de Vernunt. Les ha abordado en cuanto han salido de la Aduana.

Pierre tomó un trago de coñac. Parecía preocupado. En la luna que ocupaba toda la pared de enfrente, al otro lado del mostrador, vio reflejada la cara interesante de Ivette Delange, que les observaba por el mismo procedimiento.

El joven se volvió hacia ella y la contempló admirativamente, moviendo sus labios en un requiebro que no pronunció.

Ivette se volvió hacia Roger Descamps.

—Tarda mucho mi amigo —murmuró.

—Olvédelo. ¿Pueda sustituirlo?

—Vuelve al hotel. Yo iré dentro de un rato. Antoine es un patatas, y descubrirá el juego enseguida, si tiene que seguirles —dijo Louis.

—Okey —pronunció Pierre con desparpajo, y guiñó un ojo a la rubia a través del espejo.

Terminó de un trago el coñac, y se fue con la misma prisa que el entrar.

Louis se sirvió el resto de la botella de cerveza y bebió lentamente mientras miraba con fijeza a Ivette, cargando en aquella mirada todos sus deseos.

Se estremeció la muchacha. Roger pasó al otro lado y de un terrible puntapié derribó el taburete donde estaba sentado Louis. Su caída fue aparatosa.

Todos los clientes miraron hacia allí. El joven Roger estaba firmemente plantado junto al caído, con los músculos tensos y un gesto de decisión.

—Esto le enseñará a comportarse con más comedimiento —dijo.

Instintivamente, Louis Vitiers introdujo su diestra debajo de la americana, en dirección a la axila, pero no completó el movimiento. En lugar de ello, se levantó lentamente y se plantó frente al joven.

—Tú lo has querido, muchacho —dijo entre dientes.

Su ataque fue rapidísimo. Amagó un golpe de rodillas a la entrepierna, y al llevar el joven las manos en aquella dirección,

agachándose y echando hacia atrás la parte amenazada, le golpeó las mandíbulas con el codo derecho, arrojándole la cabeza hacia atrás.

Inmediatamente le golpeó el vientre con el puño izquierdo, y secundó la acción con el derecho en las mandíbulas.

Roger salió disparado hacia atrás, tropezó con una silla y cayeron ambos.

Ivette ahogó un grito. Estaba muy nerviosa. Vio que Louis avanzaba hacia el caído con ánimo de atacarle a puntapiés, y, saltando del alto taburete, tomó la botella de cerveza del propio Vitiers, y se la rompió violentamente en la cabeza, al tiempo que el hombre daba el primer puntapié al joven Roger.

A pesar de la contundencia del golpe, y contra lo que esperaba, el hombrón no se desplomó, aunque sí se tambaleó. Ivette no se arredró. Hizo presa en su muñeca derecha y en su brazo y se lo retorció violentamente, llevándoselo hasta la espalda.

Esta vez aulló de dolor Vitiers, e intentó defenderse en vano. Se oían carcajadas y algunas bromas de los clientes. Dos camareros acudían presurosos hacia allí. Roger se levantó y miró sorprendido la escena peregrina que se ofrecía ante sus ojos.

—Suélteme. No esperaba su agresión. Sé defenderme —dijo.

—Y yo —respondió la muchacha.

Al decirlo golpeó con el canto de la mano el cuello de Vitiers. La víctima lanzó un ronco gemido y se desplomó. Ella soltó su brazo retorcido. Los dos camareros no llegaron a tiempo de evitar el desenlace.

—¿Por qué ha sido? —preguntó uno, dirigiéndose a Roger.

—Pregúnteselo a él cuando esté en condiciones de contestarle. ¿Me acompaña, señor Descamps? —replicó Ivette.

El joven asintió con un movimiento de cabeza. Estaba avergonzado por el ridículo que había hecho, y acercándose al mostrador, pagó lo que habían consumido los dos. Luego dirigió una mirada a Louis Vitiers, que sangraba por unos cortes en la cabeza, y permanecía sin sentido. Tocó un brazo de Ivette y salieron juntos, entre los comentarios jocosos de los demás clientes.

—Me ha hecho quedar en ridículo con su ayuda —dijo el joven al encontrarse en la calle.

—El ridículo lo está haciendo ahora con esos estúpidos

prejuicios. Usted ha querido ayudarme y yo he encontrado la manera de devolverle la ayuda. Eso es todo.

—Le aseguro que no habría sucedido todo igual, si no hubiera sido atacado por sorpresa. Ese tipo está acostumbrado a pelear.

—No lo hubiera hecho mejor un «duro» del cine americano. ¿Ha prestado atención a lo que hablaron?

—Sí. No he perdido ni una sílaba. Muy sospechoso, ¿verdad?

—Creo que se referían a una buena amiga mía llamada Paulette Grenier. Temo que corra algún peligro.

—No tengo nada que hacer. ¿Quiere que vayamos a ese hotel?

—¿Tiene coche?

—No.

—Entonces, iremos en el mío.

Echó a andar. Era un «Dauphine» claro. Lo tenía aparcado en una calle transversal, relativamente lejos.

—Me pareció que debía sacarle del bar, pero no tengo ningún interés especial en que me acompañe, si tiene que esperar a ese amigo suyo o tiene alguna otra cosa que hacer —dijo Ivette al abrir la portezuela.

—Difícilmente encontraría una ocupación más agradable que estar al lado de una muchacha tan interesante y enérgica.

—A los chicos no les gustan las muchachas como yo. Usted mismo se siente subestimado en sus tradicionales prerrogativas masculinas.

—No lo crea. Lo que si me molestan son las muchachas que no dicen su nombre.

—No quiero molestarle, entonces. Ivette Delange.

—Eso está mejor. Ahora, adelante. Me gustaría toparme con ese tipo en otra ocasión.

—Y que yo estuviera delante viendo cómo se desquita, ¿no?

—Pues..., sí.

Sonrió ampliamente. Tenía una sonrisa agradable. Al menos, esto pensó la muchacha.

Puso el motor en marcha y arrancó, diciendo:

—Temo que Paulette se haya metido en un lío.

CAPÍTULO II

Ivette estuvo mirando en el *hall* del hotel del Midi, No vio a su amiga. Se acercó hasta el encargado del registro.

—Por favor, ¿la habitación de Paul Lezard...?

—El señor Lezard ha salido.

—¿Le acompañaba una señorita rubia, muy bonita y... vistosa?

—Ciertamente —sonrió el encargado del *comptoir*.

—Lo siento —murmuró Ivette, volviéndose hacia Roger Descamps.

—¿Cree que está en peligro su amiga?

—Usted oyó lo mismo que yo. Lo seguro es que va con alguien que lleva consigo un guardaespaldas y acaba de llegar a París con nombre falso. ¿No le parece embrollado e interesante?

—Más embrollado que interesante. También han hablado de seguirles.

—Me pregunto si no sería policía el hombre a quien he noqueado.

—No digo que no. En todo caso es un maleducado.

—Tendría gracia. Vamos, telefonearé a Paulette a la pensión.

Fueron a una cervecería próxima. Roger se quedó en el mostrador. Desde allí podía ver a la muchacha. Hizo tres llamadas distintas, y volvió a su lado contrariada.

—No he podido localizarla —dijo.

—Olvídela y tratemos de divertirnos.

—No es mala idea.

Pidió otro Martini, y se acomodó al lado de Roger.

—Podríamos almorzar juntos —dijo él.

—¡Magnífico! Hasta creo que podremos encontrar a Paulette y almorzar con ella.

—Olvídela.

—Estoy intrigada. No lo conseguiré.

—¿Es algo locuela?

—No. Eso es lo malo. Está estudiando aquí. Y lo peor es que ha tomado los estudios en serio.

—Imperdonable —sonrió el joven.

El día fue completo. Simpatizaron, y no solamente comieron juntos, sino que se fueron después al Bosque de Vincennes y más tarde a un cine. A la salida, Ivette le llevó a su club y le presentó a chicos y chicas.

Reinaba allí una alegría sana. Casi todos eran estudiantes. Hablaban animadamente, bailaban, cantaban improvisado, o bien abordaban temas serios con ardor juvenil.

Roger acabó tuteando a todos, incluida Ivette, que desapareció mientras el joven bailaba con una muchacha española, que le había sometido a un discreto asalto desde que se lo presentaron.

Y cuando el joven salió del club y buscó el coche de Ivette, éste había desaparecido. Le gustaba el ambiente; pero, tras vacilar un poco en la puerta del club, se alejó despacio.

Sin embargo, volvió desde la primera esquina y preguntó por la dirección de Ivette. Tomó nota y prometió volver por el club, aunque no tenía intención de hacerlo.

Mientras caminaba en busca de una calle céntrica con algún medio de transporte, hizo una recapitulación de la jornada. Lo había pasado bien, pero había perdido lamentablemente el tiempo.

Echó de menos su vida de estudiante. Ahora no podía permitirse el lujo de divertirse. Faltaban exactamente veintiséis días para las oposiciones a judicatura y tenía que sacar plaza como fuera.

Por fin localizó un taxi libre y lo tomó. Dio la dirección de su pensión. En vano intentaba separar de su mente a Ivette.

Al entrar en su habitación, arrojó la americana sobre la cama y se puso a estudiar. Pensaba quedarse hasta tarde, pero Ivette le había trastornado y no podía concentrarse en el estudio.

* * *

Al entrar en su habitación, Paulette Grenier vio el humo de un cigarrillo que se remontaba desde detrás de un sillón. Se quedó

parada, hizo un gesto de terror, y luego retrocedió nerviosa y cerró de un portazo. Después corrió dando gritos por el pasillo en dirección a la cocina, donde solía estar a aquellas horas la señora Pinier.

—Pero ¿qué te pasa, Paulette? —gritó la voz de Ivette Delange.

La fugitiva volvió la cabeza sin dejar de correr. Su amiga estaba precisamente frente a la puerta abierta de su propia habitación e iluminada por la luz que salía del interior.

Esto hizo que se detuviera. Se fijó mejor. Ivette tenía un cigarrillo encendido en la mano. Regresó temblorosa. Se abrieron dos puertas del mismo corredor, dando paso a dos jóvenes; una con la cara embadurnada de afeites y con una bata cruzada; la otra en pijama.

—¿Quién gritaba así? —preguntó la primera.

—Un ratón. Eso es, he visto un ratón que venía hacia mí —mintió Paulette, sin el menor aplomo.

—En mi casa no hay ratones —aseguró una voz bronca y aguardentosa.

—Yo lo he visto, señora Pinier. Habrá venido de otro piso —replicó la joven con mayor firmeza.

—Yo también lo he visto. Era precioso —terció Ivette.

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó con desparpajo la huésped de los afeites.

Cerró la puerta de golpe. La dueña insistió:

—¡Precioso! ¡Nunca ha habido un solo ratón en mi casa!

—No la hagas caso y cierra la puerta —dijo la joven del pijama al pasar Paulette por su lado.

La hermosa rubia asintió con la cabeza y le dio las buenas noches. Los gruñidos de la señora Pinier no dejaron de oírse hasta que las dos amigas entraron en la habitación de Paulette y cerraron la puerta.

—Has podido esperar sentada de cara a la entrada —dijo Paulette, malhumorada.

—Estás temblando, querida. ¿Qué te ha pasado? ¿Me has confundido con otra persona?

—Con un hombre.

—¿Tal vez con Paul Lezard, o acabas de dejarle?

Paulette no disimuló su extrañeza. Miró en silencio a su amiga.

Tardó en decir.

—¿De dónde te has sacado ese nombre?

—Sentémonos. Veo que mis preocupaciones por avisarte eran tontas. Sabes perfectamente que ese nombre es falso, y que el señor Vernunt...

—¿Te has metido a detective ahora?

—Soy tu amiga. Yo diría que tú mejor amiga. Tengo derecho a conocer el lío en que te has metido.

Paulette soltó una alegre carcajada, demasiado nerviosa para que fuera natural.

—Fui al «Midi» para avisarte del peligro que corrías, pero cuando llegué ya os habíais ido. Traté de localizarte por teléfono y no lo conseguí. Hasta he dejado un estupendo plan para venir aquí y me has tenido dos horas largas esperándote. Tengo derecho a que me lo cuentes todo, ¿no?

—Tienes derecho a ser menos fantástica y a irte a dormir, que ya es muy tarde.

—¡Eso no! Tienes que hablar.

—Tendré que resignarme. Es un viejo amigo de mi padre. Le puso un cable anunciando su llegada, y mi padre me ha telefoneado para que fuera a recibirle en su nombre. Eso es todo.

—¡Todo! ¡Y te quedas tan fresca! El miedo que has pasado al ver que alguien te esperaba en tu habitación demuestra que sabes el peligro que corres. No te hacía tan reservada con las amigas.

—Hoy te ha dado por fantasía. Lo que me intriga es cómo has sabido que he ido a Orly a recibir a ese amigo de mi padre.

—Sin embargo, no te intriga averiguar por qué viene con nombre falso, trae un guardaespaldas consigo y os espían unos hombres desde el aeropuerto.

Ivette estaba preparándose un combinado mientras hablaba. Paulette se había repuesto del susto. Comenzó a cambiarse de ropa, mientras decía:

—El señor Lezard es un hombre de negocios. El hecho de que haya querido venir de incógnito no tiene nada de extraño. No quiere que nadie le moleste. El que tomas por guardaespaldas suyo, el señor Shunt, es un asociado suyo, muy agradable por cierto. Y en cuanto a ese pretendido espionaje, es producto de tu calenturienta imaginación.

—Si. También es producto de mi imaginación el que me haya visto obligada a golpear a uno de los espías con una botella en la cabeza, noqueándolo en «El Trébol», y la conversación que oímos Roger Descamps y yo.

—¿Quién es Roger Descamps?

—No desvíes la conversación.

—No lo pretendo. Ahora soy yo la intrigada. Dime qué es eso de los espías.

—No digo que no sean policías. Lo cierto es que siguen de cerca a Jules Vernunt y que pronunciaron tu nombre. Por eso me alarmé y quise ayudarte.

Por fin logró Paulette que su amiga le contara al detalle lo que había oído en la cafetería. La narración la preocupó. A Ivette le pareció que quería disimular. Pero fue hasta el teléfono y marcó un número, diciendo a continuación:

—Con la habitación doscientos dieciocho, por favor.

Con el combinado en la mano, Ivette se acercó a su amiga, y se sentó en el brazo de un sillón.

Paulette esperó. Un rictus de preocupación tensó sus bonitas facciones.

—¿Está comunicando? —preguntó Ivette.

—No coge el teléfono.

—Tal vez no haya vuelto.

—Les he dejado en la puerta del hotel hace cosa da media hora.

—Eso no quiere decir nada. El París nocturno ejerce una irresistible atracción sobre los que visitan la ciudad.

—El señor Vernunt ya no es joven. Además estaba cansado del viaje desde Filadelfia. Es más probable que se haya dormido y que no oiga el timbre.

—O que lo hayan asesinado.

Se estremeció Paulette. Pero se repuso enseguida y dirigió una mirada de reconvención a su amiga.

—¿Estás leyendo alguna novela truculenta? —Gruñó.

—Aunque no me lo quieras decir, sabes muy bien que el señor Vernunt está en peligro. Recuerdo perfectamente tus gritos de terror mientras huías por el corredor. Diría que hasta tú estás en peligro.

—Por favor, Ivette. Me estás poniendo nerviosa.

—Llama otra vez a la centralilla del hotel, y que se informen de

si le ocurre algo, o bien si ha salido a echar una cana al aire.

—Coge el aparato, por si descuelgan. Voy a vestirme de nuevo.

—¿Pretendes ir al hotel?

—Sí.

—Estupendo. Esto se pone interesante.

—No esperes encontrar un cadáver. Sólo intento decir personalmente al señor Vernunt lo que iba a comunicarle por teléfono.

—Lo del calvo y el joven del jersey negro, ¿no?

—Sí. Supongo que no será una invención tuya.

—Roger te lo podría confirmar.

Había tomado Ivette el microteléfono, y oía perfectamente la señal de llamada. Era una muchacha imaginativa. Pero a pesar de querer imaginarse al desconocido ocupante de las habitaciones tumbado en la cama o en el suelo sangrando por varias heridas de balas y haciendo desesperados esfuerzos por alcanzar el teléfono y contestar a la llamada, no lo conseguía. Le parecía demasiado novelesco. Era mucho más lógico pensar que él y el tal Shunt tuvieran prisa en dejar a Paulette para recobrar su libertad de acción y buscar los numerosos placeres; que el París nocturno ofrece a los turistas, sobre todo, si son hombres de negocios y llevan las carteras repletas.

Por eso no se ilusionó mucho cuando vio que su amiga estaba ya dispuesta para salir y le preguntaba:

—¿Nada aún?

—Nada. Creo que deberías llamar a la centralilla. De seguro que han salido a dar una vuelta.

—Estaba agotado del viaje. Además tenía que salir hacia Marsella mañana por la mañana.

—No me lo habías dicho antes.

—Ni venía al caso. Si ha cambiado de nombre es precisamente para ese viaje a Marsella, donde le espera mi padre. Allí tiene enemigos el señor Vernunt. Cosas de la guerra, ¿sabes?

—Veo que cada vez se va haciendo más interesante nuestro personaje.

—Deja tranquila tu imaginación. Todo es normal, te lo aseguro. Te dejaré en tu pensión.

—Ni lo intentes. Esto no me lo pierdo.

Colgó el aparato, y se fueron. El garaje estaba relativamente cerca. Un momento después rodaban con el «Florida» por las casi desiertas calles, en dirección al «Hotel du Midi».

No había nadie en el amplio y lujoso *hall*. Solamente el conserje, que se levantó al verlas entrar. Se dirigieron hacia él.

—¿Sabe si el señor Lezard, de la habitación doscientos diecisiete, ha salido?

—Un momento.

Se fue hasta el *comptoir* y miró el cuadro, donde había muy pocas llaves. No estaba la del 217; pero si la del 221, ocupada por Frank Shunt.

—Debe estar acostado —dijo el conserje.

No era el mismo que había aquella mañana, cuando llegó Paulette con los dos hombres.

—El que no esté la llave ahí no significa mucho. Míster Shunt si ha salido, y posiblemente el señor Lezard con él —pensó en voz alta Paulette.

—No te aferres a tus propias ideas. Hemos telefoneado al señor Lezard hace un rato y no ha contestado —explicó Ivette al conserje.

—Si, hace cosa de un cuarto de hora me han pedido comunicación con el doscientos diecisiete —dijo el hombre.

—¿Quiere volver a llamar? —preguntó Ivette Delange.

—Más vale que subamos —murmuró Paulette.

—Preferible que llame. Si no contesta, que nos acompañe el conserje o alguien de la servidumbre.

—No dramatices, por favor.

El conserje las miraba atónito, sin comprender demasiado adónde querían llegar con aquel forcejeo.

—¿Qué hago? —inquirió.

—Llame, por favor —pidió Ivette.

Su amiga no la contradijo, a pesar de la mirada inquisitiva del conserje. Cada vez estaba más preocupada. El hombre pasó a la centralilla, que estaba allí mismo, e hizo la llamada.

—Comunica —dijo al instante.

—Imposible —estalló Ivette.

—Eso lo sabrá usted mejor que nosotras. ¿Tienen los huéspedes comunicación directa con el exterior?

—No. Pero hace cosa de un cuarto de hora di comunicación al

doscientos diecisiete. Por cierto que aún estaba la clavija en ese número.

—Hace un cuarto de hora llamamos nosotras mismas y no tomó nadie el aparato —dijo Paulette—. ¿No habrás dejado descolgado, Ivette?

—Eso no importaría. He cortado la comunicación ahora mismo, al oír que no hablaban —afirmó el conserje.

—Bien. ¿Qué me dices ahora, Paulette? Alguien ha descolgado el teléfono. Posiblemente el asesino.

—¿El asesino? —exclamó el conserje.

—Eso he dicho, el asesino. Tenemos que abrir ese compartimento. Acompáñenos, o llame a la policía.

—No puedo creerlo. Creo que nos precipitamos —murmuró Paulette, muy pálida.

—¿Quieren divertirse a mi costa? ¿Qué cuento es ese del asesinato? —aventuró, el conserje.

—Pensándolo bien, sólo cabe una posibilidad de no equivocarnos. Y es la de que el señor Ver..., digo Lezard, se haya despertado al oír la llamada del teléfono y lo haya descolgado precipitadamente al colgar nosotras. En ese caso puede haberle dejado descolgado para que no vuelvan a molestarle.

—Muy complicado eso, Ivette. Sabes que hemos estado mucho rato esperando que contestara a la llamada.

—Bien. Las acompañaré hasta ese compartimento —decidió el conserje.

—Lo que ya es seguro es que el señor Lezard está en su habitación, vivo o muerto —dijo Ivette, consiguiendo que el hombre la mirase con curiosidad.

—¿Qué les hace suponer que el señor Lezard esté en peligro? —preguntó, mientras se dirigían hacia el ascensor.

—Una corazonada mía —dijo Ivette.

—¿Y cree que por una corazonada de usted puedo molestar a un cliente a estas horas de la noche?

—Tengo amistad con el señor Lezard, y cargo con la responsabilidad —dijo Paulette, cada vez más pálida y nerviosa, contrastando con su amiga, que estaba completamente tranquila.

CAPÍTULO III

El timbre de la puerta sonó con insistencia. Se le podía oír desde fuera. Las dos muchachas y el hombre se miraban en silencio. Una sensación de tragedia se iba apoderando de ellos a medida que transcurrían los minutos. El conserje consultó su reloj. La una y tres minutos. El timbre seguía sonando.

—Hay que abrir la puerta. Aunque sea a golpes.

—Pío hace falta. Las llaves están repetidas para el servicio. Esperen aquí y sigan llamando.

Se fue precipitadamente el conserje. Ivette le substituyó en el botón del timbre. Paulette se apoyó en la pared.

—¡Dios mío! —exclamó.

—No seas pesimista. Tal vez hayan concurrido una serie de extrañas coincidencias y no ocurra nada la animó su amiga.

—Eres la primera convencida de que lo han asesinado.

—Posiblemente. Y tú sabes que esos hombres tenían motivos para matarle. De lo contrario, no me habrías hecho caso. ¿Por qué no te confías a mí y me lo cuentas todo?

Paulette no contestó. Se separó de la pared, fue hasta la puerta y aplicó el oído a la cerradura. El timbre sonaba machaconamente. Hasta un lirón se despertaría de un sueño invernal.

Por fin regresó el conserje con una camarera. Abrió la puerta. Ivette se precipitó en el interior a pesar de la oscuridad. Tropezó con un sillón y se detuvo. En aquel instante se encendió la luz. La muchacha recorrió la habitación con la vista. A pesar de esperarlo, se sobrecogió al ver a un hombre menudo, de unos cincuenta años y de cabello plateado, en medio de un gran charco de sangre, a cinco o seis pasos de ella. Estaba boca abajo, con la cara vuelta. Sus dedos estaban agarrotados y parecían garfios. Sin duda, en la agonía había

intentado desplazarse. Se hallaba al pie de un sofá, que también presentaba manchas de sangre.

Oyó un chillido histérico y el ruido de pisadas detrás de ella. Luego el golpe blando de un cuerpo humano al derrumbarse. Esto último la obligaba a separar la vista de la alucinante visión del cadáver y volverla hacia la puerta. Vio a Paulette desmadejada en el suelo, a la camarera con cara de terror y el conserje muy erguido y con los ojos muy abiertos.

—No es para tanto. Llame usted a la policía. Y usted ayúdeme a atender a mi amiga.

El conserje fue el primero en reaccionar. Avanzó hasta las proximidades del cadáver y lo contempló. Llegaba una bata de seda, y debajo un «esquijama». Debía estar sentado en el sofá cuando el asesino le atacó con un puñal. En la espalda, la bata presentaba cuatro cortes, por donde había manado la sangre, que ahora estaba coagulada.

Fue hasta el teléfono, pero no se atrevió a tocarlo. Se dio cuenta a tiempo de que desde allí no podía comunicar con la calle sin intervención de la centralilla, donde no había nadie a aquellas horas de la noche. Entre las dos mujeres se llevaban a Paulette hacia el dormitorio, que comunicaba con el salón.

—A la cama, no. Mejor que la saquen de aquí. Yo voy al *hall* a telefonar. No toquen nada. Este hombre debía de estar acostado cuando ha abierto la puerta al asesino.

Las mujeres se detuvieron.

—¡Es horrible! —dijo la camarera, sin atreverse a mirar al muerto.

Paulette Grenier volvía en sí. La dejaron en el suelo. Y su amiga la incorporó.

—Traiga alguna bebida que la calme —dijo a la camarera.

—Prométame no tocar nada. Tendríamos complicaciones con la policía —recomendó el conserje al tiempo de salir.

Ivette se sentía el centro del universo en aquel momento. Era la gran aventura de su vida. Golpeó las mejillas de su amiga, que la miraba con ojos de besugo, y dijo:

—Hay que ser fuerte. Toma ejemplo de mí. Además, no ha sido una gran sorpresa. Lo esperábamos cuando subíamos.

Paulette pestañeó repetidas veces. Ya de sí era de tez pálida.

Ahora parecía no tener una sola gota de sangre en sus venas. Asintió con un movimiento de cabeza, pero no habló.

—En seguida te traerán algo para los nervios. Tengo que aprovechar el tiempo antes de que llegue la policía. ¿No te parece estupenda esta experiencia?

A Paulette no debía parecérselo. Lanzó un gemido y luego pronunció unas palabras que su amiga no llegó a entender, porque ya se alejaba hacia el cadáver.

Estuvo observándolo todo bien. Se fijó en el teléfono descolgado. Estaba al lado del soporte. No era obra de Jules Vernunt, sino de su asesino.

Entró en la otra habitación. Era un elegante dormitorio. Estaba encendida la lámpara de la mesita y la ropa echada hacia abajo, señal evidente de que el muerto se había acostado y levantado luego, al oír la llamada del asesino o asesinos.

Ya iba a salir del dormitorio, cuando vio junto a un maletín de cuero abierto una pistola. Se acercó. Junto al arma, un cargador. Era de repuesto. Tenía las balas completas. Lo notó por la ranura.

Estuvo observando la pistola, que le era totalmente desconocida. Una «Colt». ¿Cómo habría logrado pasarla por la aduana? Porque aquella marca era americana.

Oyó hablar en el salón. Era la voz de la camarera. La pistola la atraía poderosamente. ¿Por qué no se le ocurrió al señor Vernunt cogerla cuando salió a abrir? El resultado de la lucha hubiera sido muy distinto entonces.

Pensó en el hombrón de la cafetería. Y recordó un detalle. Al caer del taburete había hecho intención de empuñar un arma de fuego que debía llevar en una funda axilar. Sí, estaba segura.

Al compás de sus pensamientos, se apoderó de la pistola y del cargador. No tenía ningún bolsillo donde guardarlo. Lo escondió en su seno, y colocándose ante el espejo, fue acoplando la pistola hasta que le pareció que no llamaría la atención.

No quedó muy satisfecha. Volvió al salón. No había nadie. Paulette y la camarera habían salido. En el suelo, donde había caído desmayada su amiga, estaba el bolso de Ivette. La muchacha lo cogió y fue el cuarto de aseo.

Poco después estaba junto a su amiga y la camarera, en el amplio pasillo.

—¿No será mejor bajar al *hall*? Allí te sentirás más tranquila y estarás cómoda —dijo.

—Ya me siento mejor. Además, supongo que la policía nos hará subir para interrogarnos.

—Pueden hacerlo abajo. Vamos.

Bajaron las dos. Vieron cruzar el ascensor, que subía con el conserje y otros dos hombres despeinados, a quienes debía de haber arrancado de la cama.

—Una buena ocasión para marcharnos sin que nadie nos moleste —dijo Ivette, pensando en la pistola.

—Eso no podemos hacerlo.

—¿Por qué no? Supongo que no te gustará verte metida en este embrollo.

—Has olvidado a míster Shunt. Conoce mi nombre.

—Pero no tu dirección.

—Se la di. Mostró interés en conocerla. El se quedaba en París mientras el *señor* Vernunt iba a Marsella. Quería cenar conmigo mañana.

Paulette se dejó caer en un sillón del *hall*.

—Dame la llave del coche. Pondré allí los bolsos. Soy muy olvidadiza, y además, estoy algo nerviosa, lo reconozco.

Paulette se lo dio. Estaba anonadada. Al regresar Ivette la encontró en la misma postura, con la vista perdida.

—Hay que ser más animosa. Te ayudaré. Lo primero que tienes que hacer es pensar en lo que les vas a decir a los agentes. Sería conveniente que me lo explica —ras a mí antes.

—No tengo nada que explicar. Creo que sabes tú mucho más que yo.

—Todo lo que sabía te lo he contado.

—Al menos, conoces de vista a los asesinos.

—Eso es verdad. Pero prefiero que no digas una sola palabra de lo que te he dicho. No quiero verme mezclada.

—Pero tú puedes ayudar mucho a la policía.

—Escucha, Paulette. No creo que vuelva a encontrarme en vida en un lío como éste. Y pienso seguirlo hasta las últimas consecuencias.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustaría detener yo misma al asesino y a sus cómplices.

¿No lo entiendes?

—Para ti el señor Vernunt no supone más que una aventura. Una manera de matar tu tedio, pero para mi era mucho más. Quiero que se castigue a su asesino. No callaré. Diré a la policía todo lo que me has contado y te exijo que no los despistes.

—No hemos hablado de Shunt. Ni de ti siquiera. ¿No correréis peligro?

—¿Por qué tenía que correr peligro yo?

—No sé. Has pasado todo el día con ese hombre, y seguramente habrás tenido ocasión de ver algunas veces a los que os seguían, esperando la ocasión de matarla.

—No he visto a nadie. Siempre hay personas alrededor de nosotras, y no por eso nos fijamos en ellas.

—Pero es que hoy no era un día cualquiera para ti.

Sabías que acompañabas a un hombre que estaba en peligro de morir.

—Aquí no. ¿Por qué tenían que matarle?

—Has dicho aquí no. Luego, en otra parte sí corría peligro. Será mejor que...

Calló. Había comenzado a oírse claramente el ulular de una sirena. Uno de los hombres que subieron con el conserje apareció en el fondo del *hall*. Posiblemente iba a comprobar si se habían ido, porque de pronto desapareció su prisa y se detuvo mirándolas, para después acercarse lentamente, como si paseara.

Paulette se había sobresaltado al oír la sirena. Ahora estaba nerviosa.

—Un cigarrillo. No has debido llevarte los bolsos.

—¿No tiene usted unos cigarrillos? —preguntó Ivette al hombre.

—«Celtiques». ¿Quiere?

—No, gracias.

Cada vez era más potente el rugido de la sirena.

—Está bien, controla tus malditos nervios. Iré en busca de tabaco —gruñó Ivette, saliendo precipitadamente.

Estaba en el coche cuando chirriaron violentamente los frenos de un coche patrullero. Abrió el bolso y tocó la pistola. Estuvo por guardarla en la cavidad destinada a los guantes, pero se limitó a coger el paquete de cigarrillos y el encendedor.

Cuando regresó al *hall*, un desconocido con abrigo gris y

sombrero marrón estaba interrogando a Paulette. No había nadie más. Ni siquiera el empleado del hotel.

—¿Es su amiga? —preguntó el hombre.

—Ivette Delange. Esto te sentará bien. Ni que fueras tú la asesinada.

Encendió el cigarrillo de Paulette y luego el suyo. Lanzó una larga bocanada de humo y entornó los párpados, devolviendo la mirada que le dirigía el agente.

—Le advierto que esto no es un film, señorita Delange. Le sienta mejor el nerviosismo a la señorita Grenier que a usted esa actitud de dominante indiferencia.

—Yo no he tenido la menor relación con el muerto. Ni me encuentro en el lastimoso estado de nervios de mi amiga. ¿No le interesa ver al muerto?

—Me es más agradable contemplarlas a ustedes. El conserje ha dado a entender que ustedes conocían la moción del asesinato. ¿Cómo se explica eso?

—Simple deducción. He leído bastantes novelas policíacas. Para mí la cosa estaba clara.

—Explíquese.

Parecía divertirse el desparpajo de la muchacha.

—Mi amiga quería dar al señor... Lezard un recado desde la pensión. No cogió el teléfono. Sin embargo, al telefonar desde aquí a su habitación lo tenía descolgado. ¿Entiende?

—Ni una palabra.

—Fue el asesino, quien descolgó el microteléfono. El asesinato se cometió precisamente mientras nosotras llamábamos desde la pensión. El criminal no le dejó tomar el aparato. Además, era un conocido del señor Lezard. Bueno, creo que estoy hablando demasiado.

—Puede seguir. No tengo prisa hasta que baje el inspector jefe —sonrió el agente.

—Háblale de los dos hombres de la cafetería —dijo Paulette.

—Eso no viene al caso. El asesino era persona de la confianza del muerto. Me gustaría saber a qué hora ha abandonado el hotel el señor Shunt.

—No metas a Frank en esto.

—¿Quién es ese Frank Shunt?

Apareció el conserje.

—El inspector Plovét quiere que suba con las señoritas —dijo.

—Preferiría no volver a entrar en esa habitación —dijo Paulette.

—Es una orden del inspector jefe.

—Vamos. Y olvida de una vez los remilgos.

Subieron en el ascensor. Había otros tres policías arriba. El inspector jefe Plovét tenía unos cuarenta años y era bajo y rechoncho, de cara abotargada y nariz respingona. Los demás eran jóvenes. Seguramente ninguno pasaba de los treinta años.

Uno sacaba fotografías. Había espolvoreado de blanco el sofá y un sillón del tresillo, y a su efecto aparecieron marcadas bastantes huellas. También el teléfono había sido espolvoreado.

Las dos muchachas contemplaban aquello en silencio. Los tres las habían mirado, pero prosiguieron su trabajo, como si no hubieran reparado en ellas.

—Tardan mucho —se impacientó Plovét—. Estoy convencido de que presenta otras heridas en el pecho o en el vientre.

—Es un tipo de sangre fría. Ha borrado todas las huellas del teléfono y del pomo. No creo que sean tuyas las que he tomado.

—Posiblemente sea un caso claro. ¿No lo creen ustedes así?

La pregunta del inspector jefe iba dirigida a las dos muchachas, a las que se dignó mirar de nuevo.

—Puede estar claro un crimen pasional o una muerte provocada involuntariamente en una reyerta. En este caso el asesino ha borrado las huellas, luego espera no ser identificado —dijo Ivette.

Sonrieron o hicieron gestos de sorpresa los agentes, a excepción de Plovét, que avanzó hacia ella, poniéndose un cigarrillo negro en los labios.

—Una conclusión justa, si no estuvieran ustedes para aclarar los hechos. ¿Cuál es su nombre?

—Ivette Delange, veintitrés años, diseñadora de muebles...

—Está bien. Límitese a contestar a mis preguntas. ¿De qué conocía a Paul Lezard?

—De nada. Le he visto por primera vez al entrar en este salón con el conserje y le, señorita Grenier, mi amiga. Ella, en cambio, le conocía. Es un antiguo amigo de su padre.

—¿Es así, señorita Grenier?

—Sí. Llegó esta mañana en el «Boeing» de la

«T. W. A.»,

a las once cuarenta y cinco. Tenían reservadas habitaciones en este hotel y les acompañé a dar una vuelta por la ciudad.

—Habla en plural.

—Con el señor Lezard vino un asociado suyo, que se hospeda en este mismo hotel, habitación doscientos veintiuno. La llave está en el cuadro. No mande a buscarle —añadió Paulette, viendo que el inspector hacía un movimiento de cabeza a un agente.

—Dijo asociado y no socio. ¿Cuál es la diferencia para usted?

—Él se lo explicará mejor. Me limito a decir lo que me dijo el señor Lezard al presentármelo en el aeropuerto.

—Procúreme la llave del doscientos veintiuno. Encárgate de hacer un meticuloso registro, Daniel. Veamos. El conserje dijo por teléfono y me ha repetido personalmente, que ustedes sospechaban se había producido la muerte de ese hombre cuando vinieron a preguntar por él.

—Eso fue una corazonada mía —dijo Ivette.

—Tendrá que dar una explicación más plausible.

—Di la verdad. No les ocultes nada. Es importante descubrir a los asesinos y a sus cómplices.

—La verdad es ésa: una corazonada que ha dado en el blanco.

—Será mejor que se lo diga yo.

—Limítate a lo que puedas afirmar.

—Hable, señorita Grenier. Tienen ambas el deber de colaborar con la Justicia.

Paulette lo dijo todo, incluso el verdadero nombre del muerto. Aquella tarde habían hecho dos visitas a sendos amigos de Vernunt. Los dos eran joyeros, y se entretuvo largo rato con ellos en sus despachos. Ella se había quedado entretenida mirando las joyas expuestas, pero Frank Shunt participó en las entrevistas.

—¿Y no ha visto en ninguna ocasión a ese joven del Jersey negro que dice la señorita Delange que les seguía?

—Tal vez le haya visto. Hay muchos jóvenes que visten de esa manera. Pero yo estaba confiada y no creía que nos amenazara ningún peligro.

—¿Quiere decir que ahora teme una agresión?

—No he sabido expresarme. Me refería a que peligrara la vida del señor Vernunt.

—Está bien. Hábleme usted de esos dos hombres. Explíqueme sus características y dígame si ha oído sus nombres.

—No, no los han pronunciado —mintió. Luego dio unas señas personales arbitrarias, aunque suponía que irían a informarse a la «Cafetería Trébol».

Aún estaba haciéndoles preguntas, cuando se presentaron tres hombres.

—Hola, amigo Plovet. ¿Complicaciones? —dijo uno.

—Nunca se sabe. Ha borrado las huellas. Pero parece ser que la Casualidad en forma de señorita Delange ha acudido en nuestra ayuda esta vez.

Señalaba a Ivette. El hombre, delgado y cincuentón, la miró, lanzó un gruñido y avanzó hasta donde estaba el cadáver, que nadie había tocado.

—Es el Juzgado de guardia —murmuró el agente que estuvo hablando con ellas en el *hall*.

El forense, junto con el juez, estuvo observando el cadáver un momento. Luego, dio el inspector jefe la vuelta al cadáver. Presentaba Otras dos heridas en el pecho, más arriba del corazón; y en el hombro.

—Llama a Daniel —dijo el inspector, dirigiéndose a uno de sus subordinados—. ¿Quieres interrogar a las muchachas? —añadió, dirigiéndose al juez.

—No. Ya me explicará usted.

—Pueden irse. Pero no abandonen la ciudad. A usted la molestaré algo, señorita Delange. Vaya mañana por la mañana a la *Sureté* y pregunte por el inspector jefe Plovet.

—No faltaré. Vamos, Paulette.

CAPÍTULO IV

Roger Descamps había estado estudiando hasta las tres y media de la madrugada. Los recios golpes en la puerta de su habitación le sobresaltaron.

Gruñó unas cuantas veces, miró a la ventana. Estaba a oscuras por la simple razón de que había cerrado las contraventanas para poder dormir hasta tarde. Por las rendijas se filtraba la claridad del día.

—Hoy no voy, Jerome. Déjame dormir en paz —gritó.

—Jerome llamó y no le contestaste. Es una amiga tuya, según dice.

—Soy yo, Ivette. Abre.

—Un momento.

Encendió la luz y saltó de la cama. Tomó el reloj que tenía encima de la mesita. Las ocho y veinte. ¿Para qué demonios acudía Ivette a la pensión, y a tales horas?

Se vistió apresuradamente, abrió la contraventana y apagó la luz. Salió en mangas de camisa. El dueño de la pensión se había ido, y solamente estaba Ivette Delange delante de la puerta.

—Hola —dijo, colándose en la habitación.

—Esto es una invasión. Está todo en desorden, y ni siquiera se ha ventilado.

—Cierra. Ayer me dijiste que tenías ganas de encontrarte de nuevo frente a aquel sujeto de la cafetería.

—Y lo repito ahora. ¿Te ha molestado?

—Eso quisiera yo. Tienes que ayudarme a encontrarlo.

—¿No te conformas con el botellazo y la torsión del brazo?

—Escucha, anoche fue asesinado en su habitación del «Hotel du Midi» el hombre de quien hablaron.

—¿Paul Lezard?

—Prefiero que le llames Jules Vernunt, que era su verdadero nombre. Y lo cosieron a puñaladas mientras yo llamaba a su teléfono.

—Es lo que hiciste al dejarme plantado en aquel club, ¿no?

—Fue mucho más tarde. Ya te explicaré. Tienes que ayudarme a encontrar a esos dos hombres. Descubrí el cadáver, y la policía me pidió que pasara por la *Sureté* esta mañana.

—Seguramente para firmar tu declaración y para enseñarte algunas fichas de sospechosos. ¿Les dijiste el nombre de los dos hombres de la cafetería?

—No. La verdad es que no quisiera ayudar a la policía.

—Absurdo.

—Quiero encontrar yo a los asesinos.

—No sabes lo que te dices. Comienza por explicarme todo lo que sucedió. Mientras lo haces, me arreglaré e iremos a desayunar.

—Ya he desayunado.

—Iré contigo a Jefatura. Daremos pelos y señales de esos dos sujetos.

—Me defraudas. Veo que me he equivocado.

Se dirigió hacia la puerta, con ánimo de marcharse.

—No seas impulsiva y recapacita. Un crimen no es un juego, ni siquiera un emocionante pasatiempo. No niego que seas valiente, pero un asesino sabe lo que le espera si es detenido, y no duda en matar por segunda o quinta vez.

—Imagino estar oyendo a mi padre o a un sesudo varón cargado de años. Está bien, Roger. Lo haré sin tu ayuda.

El joven la cogió de los brazos por detrás, cuándo la muchacha intentaba abrir la puerta.

—No te vayas así. Cuéntame lo que sucedió anoche. Siempre encontraré la manera de ayudarte, aunque sea aconsejándote.

—No, gracias. No son consejos lo que necesito.

—Estoy metido hasta los ojos en los asuntos legales. Trabajo en las oficinas del fiscal y estudio Judicatura. Nadie te podrá aconsejar mejor que yo.

—No he venido en busca de consejos. Solamente tú y yo conocemos a esos dos hombres, y quiero que los localicemos. Ya que tú no quieres, lo haré yo sola. Suéltame.

—Bien quisiera ayudarte, pero me es imposible. Las oposiciones están encima, y he pedido un mes de vacaciones adelantadas en la oficina del fiscal, en lugar de tomarlas en el verano.

Inmediatamente sonó el portazo dado por Ivette. Roger desistió de llamarla. Estuvo paseando. Desde la ventana localizó el «Dauphine» de Ivette, y poco después vio montar a las muchachas.

Roger estaba molesto consigo mismo. Pero ¿qué podía hacer él?

Se afeitó y se aseó con una impresión de desasosiego. Luego fue a desayunar a un bar próximo, como todos los días. Vio los periódicos de la mañana. Compró uno. Buscó con avidez. La noticia era muy escueta. Se limitaba a reseñar que un hombre llamado Jules Vernunt, llegado aquella misma mañana de Filadelfia, había muerto en su apartamento de un céntrico hotel a consecuencia de seis puñaladas. La policía investigaba el caso, y estaba sobre la pista del asesino.

Después de desayunar acudió a jefatura. Vio aparcado allí el coche de Ivette. Conocía bien el edificio. Entró en las oficinas.

—Hola, Roger. ¿Qué te trae por aquí? Me dijo Molt que estabas de permiso —le saludó un joven de su misma edad, en el retén.

—Hola, Jeannot. ¿Quién lleva el asunto del «Hotel du Midi»?

—Plovet. Está interrogando ahora a un tal Shunt, un americano.

—Gracias. Después nos veremos.

Le saludaron otros inspectores. Fue directamente al despacho del inspector jefe Plovet. Estaba éste arrellanado en un sillón, con ambas manos entrecruzadas es el vientre, y mirando a un individuo joven y alto, de fuerte complexión. Un taquígrafo tomaba notas.

—¿Muy atareado, señor Plovet? —saludó Roger, con el sombrero en la mano, deteniéndose junto a otra mesa y sentándose en el borde.

—Hola. Simples preliminares. Tiene mucha prisa el señor Druot esta vez.

—No es cosa del fiscal. Siga, no tengo la menor prisa. ¿Míster Shunt?

—Sí. Una coartada difícilmente comprobable. Asegura haber llegado hasta la puerta del hotel sobre las doce de la noche, despidiéndose allí del señor Vernunt sin entrar.

—Así fue. Una conocida del señor Vernunt nos dejó en la puerta del hotel con su coche. Yo nunca había estado en París

anteriormente y quise divertirme. Tomé un taxi y...

—Sí, ya me lo ha contado. Esta noche le acompañará un agente por los mismos establecimientos que asegura haber visitado. Es de esperar que algún empleado se fijara en usted. Pero, aun así, tendría que constar la hora. El crimen se cometió sobre la una menos cuarto.

—¿Quiere decir que debo considerarme detenido hasta que se compruebe mi inocencia?

—No quiero decir nada de eso. Puede marcharse. Pero no intente abandonar la ciudad. Se le vigilará discretamente, y le detendríamos como sospechoso, si intentara huir.

—Tengo algunos negocios que resolver. Pienso quedarme unos quince días.

—A las once de esta noche un agente irá a buscarle al hotel para comprobar su cortada. Dele toda clase de facilidades. Le conviene.

Frank Shunt asintió con un movimiento de cabeza y se levantó, dirigiéndose hacia la puerta.

—Espere en el antedespacho, míster Shunt, por favor. Deseo hacerle algunas preguntas —dijo Roger.

El americano se volvió hacia él. Luego, salió.

—¿Sospecha de él? —preguntó Roger.

—Es demasiado pronto para hacer conjeturas. Hablaré con una muchacha en Archivo. Voy allí. Puedes echarle un vistazo a esto. Es todo cuanto sé hasta ahora.

Le indicó unos papeles que tenía encima de la mesa.

Roger prefirió no decirle que actuaba a título privado. Tomó los papeles y estuvo leyendo. Eran una serie de declaraciones del personal del hotel, las declaraciones preliminares de Shunt y las de Ivette Delange y Paulette Grenier.

Una vez que lo hubo leído, salió del despacho, dejando atareado al taquígrafo. Frank Shunt estaba en el antedespacho, con cara de fastidio.

—Dispare —pidió.

—Supongo que le gustará salir cuanto antes de aquí. Podemos hablar con más confianza en un café que hay cerca.

Salieron sin cruzar una palabra más hasta que estuvieron frente a un *whisky* y un café.

—¿Era empleado de Vernunt?

—No, he hecho algunas operaciones comerciales con él.

—¿Qué clase de operaciones?

—Diamantes. Me ha vendido algunas partidas.

—Tenía entendido que... le acompañaba usted para velar por su seguridad personal.

—No. Es un viaje de negocios. Teníamos que aclarar ciertas cosas.

—¿Y las aclararon ayer, en la visita que hicieron a unas cuantas joyerías?

—No. Establecimos algunos contactos comerciales.

—Hablemos claro, míster Shunt. Un hombre que viene en viaje de negocios no usa un nombre falso. Sé que desde que llegaron a Orly fueron seguidos por ciertos individuos, que descubrieron no solamente el hotel donde se hospedaron, sino también el cambio de nombre del señor Vernunt.

—Sabe usted más que yo, señor...

—Descamps. Tienen ustedes enemigos muy expeditivos en sus procedimientos, señor Shunt. Y nadie llega hasta el crimen sin muy poderosas razones. ¿Cuáles son?

—No conozco ninguna. Ignoro si el señor Vernunt tenía enemigos.

—Los tenía, y usted lo sabe. Hábleme de ellos. Incluso conozco los nombres propios de tres. Antoine, Louis y Pierre. Y a dos los conozco personalmente.

—Deme sus señas, por favor —dijo el atlético americano, animándole por primera vez.

—¿Dónde va ahora?

—A visitar a la señorita Grenier. Es la única persona que conozco en París, aparte de la policía.

—Le acompañaré.

—Puede ahorrarse la molestia. Lo único que le pido es que me de las señas personales de esos tres individuos.

—La policía les echará el guante. El inspector jefe Plovet es uno de sus mejores sabuesos.

—Bien. Si quiere acompañarme, daremos unas vueltas por la ciudad. No me seduce la idea de visitar a la señorita Grenier acompañado.

—Pretendo ayudarle al margen de la policía, señor Shunt.

Dígame lo que sepa, le conviene.

—He dicho al inspector Plovet cuanto sé de este asunto. Espero que confirmará mis declaraciones y me dejarán en paz. De todos modos, visitaré al cónsul de mi país.

—No le servirá de nada en un caso como éste. Evítese la molestia.

—Impedirá que me molesten.

—Ha habido un homicidio. Aunque le detuvieran por sospechoso, le aseguro que el cónsul norteamericano no podría hacer nada por usted. Por lo demás, en Francia no se emplean ciertos métodos para interrogar.

Frank Shunt terminó de un trago el *whisky* que le quedaba y se puso en pie.

—¿Nada más? —inquirió.

—No haga ninguna tontería. Se le vigilará.

El atlético americano se encogió de hombros y llamó con una seña al camarero, pagando su consumición y saliendo.

Roger tomó tranquilamente el café, sin apresuramiento. Luego, entró en Jefatura y se encaminó hacia Archivo.

Un oficial enseñaba fotografías de fichados a Ivette. Plovet estaba a su lado.

—¿Cómo va eso señor Plovet? —saludó el joven.

—Creo que perdiendo el tiempo.

La muchacha levantó vivamente la cabeza al oír la voz de Descamps.

—La verdad es que no me fijé demasiado bien en esos hombres —dijo, respondiendo a la sonrisa burlona de Roger.

—Sé que es pesado, señorita Delange, pero debe esforzarse.

—Es que estoy segura de que no les reconocería en una foto. Sobre todo, si visten de manera diferente.

—Tal vez tenga algo importante que hacer esta mañana y prefiera volver otro rato.

—Exactamente. Tengo una importante cita. Volveré más tarde o mañana —dijo la joven, dirigiéndole una mirada de agradecimiento.

—Si no tiene inconveniente el inspector jefe, la acompañaré. Quisiera hacerle algunas preguntas por el camino.

—Puede irse. Pero vuelva cuanto antes y con mejor disposición de ánimo. Sospecho que sabe más de lo que ha declarado, señorita

Delange.

—¿Qué interés puedo tener en ayudar a un asesino?

—Eso es lo que me pregunto. Me ha parecido notarle aficiones detectivescas. Sería lamentable que estuviera entorpeciendo la acción de la Justicia tomando esto como un juego.

—Ya no es una niña —gruñó el oficial del Archivo.

—No lo es —aseguró Roger muy serio, indicándole con la cabeza que saliera.

La cogió del brazo y salieron en silencio.

—Me has echado un cable muy oportunamente. He reconocido las «fotos» de los dos de la cafetería —dijo ella, al llegar a la calle.

—Debería estrangularte. Frecuentemente vengo a la Sureté por asuntos del fiscal, y, naturalmente, me dan toda clase de facilidades. Ni siquiera he dicho a Plovét que he venido particularmente.

—No has hecho nada del otro mundo.

—En el despacho de Plovét he visto a Frank Shunt. Le he hecho algunas preguntas, y he leído el *dossier* abierto por el inspector.

—Eso es más interesante. ¿Tiene alguna pista?

—Una serie de declaraciones que no conducen a nada. La más interesante es la tuya, y he visto que diste setas falsas de aquellos dos sujetos.

—Ahora sé muchas cosas de ellos. Pierre Duncan no tiene domicilio conocido, pero Louis Vitiers sí lo tiene.

—Bien. Eso está mejor. ¿Qué más sabes de ellos?

—Te lo contaré por el camino. Tenías ganas de encontrarte nuevamente con Louis Vitiers, ¿no?

—Sí. Pero ese tipo está citado con la policía por complicación de un asesinato. Y nosotros debemos pasar la citación al inspector Plovét. Volvamos.

—Ni lo pienses. Espero que no me delatarás, si aquello lo dijiste para quedar bien ante mí.

—Veo que no tendré más remedio que meterme en esta absurda aventura, matándome a estudiar por las noches —gruñó Roger, haciendo un gesto de impotencia.

CAPÍTULO V

Paulette Grenier no había ido a la Universidad. Ni siquiera intentó estudiar en su cuarto.

Estaba escribiendo una carta a su padre, cuando oyó una discreta llamada en la puerta.

Volvió la cabeza y se tensaron sus nervios. Los tenía destrozados desde la noche anterior. Repitieron la llamada. Paulette reaccionó, y recogiendo el papel que escribía, lo guardó debajo de un almohadón que había sobre el sofá.

Tragó saliva y se acercó algo a la puerta, preguntando con voz alterada:

—¿Quién?

—Frank. Abra, Paulette.

La rubia respiró y se apresuró a abrir.

—Veo que ha sentido mucho la muerte de Jules. Tranquilícese. Ya nada se puede hacer.

—He padecido horribles pesadillas esta noche y me he despertado sobresaltada varias veces. Y lo malo no son los sueños.

—¿También despierta tiene miedo?

—Mucho. ¿No le ha molestado la policía?

—Un poco. Anoche y esta mañana. Pero se han mostrado corteses.

—No le pueden acusar.

—¿Cómo voy a sospechar de usted, criatura? Lo que quiero es que confíe en mí y me diga todo lo que pueda contribuir a encontrar al o a los culpables.

—No deseo otra cosa. Pero le aseguro que no sé nada. En cambio, usted sí lo sabe. Me lo dijo al comienzo.

—Simples sospechas, de difícil confirmación. No creo que los

que supongo se hayan enterado de nuestro regreso. A menos que alguno de los joyeros que visitamos ayer haya extendido la voz de nuestra llegada.

—Eso lo sabrá usted. Yo no estuve presente en las conversaciones que sostuvieron. Y usted habló de una pista.

—Creo que falsa. ¿Para qué quería ir el señor Vernunt a Marsella? Aparte de visitar a su padre, ¿tenía algún otro fin ese viaje?

—No me interesaban los asuntos privados del señor Vernunt y no se lo pregunté. Por lo demás, usted estuvo delante en todas nuestras conversaciones, y tiene motivos para saber mucho más de él, puesto que se conocen desde Filadelfia y han hecho el viaje juntos.

—Está usted a la defensiva, Paulette. Parece que tema algo de mí.

—Si le temiera, no le habría abierto la puerta.

—¿Ha desayunado?

—No. Hace poco que me he levantado.

—La invito a desayunar fuera. Y vuelva a tratarme con la misma confianza que ayer.

—La confianza debe ser recíproca.

—Nada más cierto. Y yo confío en usted plenamente.

—Mientras no se trate de contarme lo que sabe sobre la muerte del señor Vernunt.

El americano sonrió y se levantó, recogiendo su sombrero, que había dejado sobre el cojín.

—No tenga tanta prisa. Siéntese. No tardaré.

Del armario ropero tomó un vestido sencillo y entró con él en el cuarto de aseo, que cerró por dentro.

Unos segundos después, Frank se acercó a la coqueta, extrajo la carta y la estuvo leyendo.

«Papá: Anoche, a última hora, asesinaron en el hotel a tu amigo Vernunt. Al parecer, abrió la puerta al asesino después de estar acostado, y estuvo hablando con él hasta que le asestó seis puñaladas. Tengo mucho miedo y he pasado una noche horrible. Quisiera

regresar con vosotros, pero no puedo. Una amiga y yo descubrimos el crimen, y la policía nos ha prohibido abandonar París sin su consentimiento. No quiero pedir permiso al inspector Plovet para que no salga a relucir tu nombre. Lo publicaría la Prensa y te podría ser fatal».

«Quiero que me...».

Era todo. El americano miró hacia la puerta del cuarto de baño, que seguía cerrada, y devolvió la carta a su sitio. En el mismo instante sonaron tres fuertes golpes en la puerta.

Regresó de puntillas al sofá. Nuevos golpes y más enérgicos.

—No abra sin informarse de quién es y decírmelo —dijo la voz de Paulette.

—Bien.

No se había llegado a sentar. Se dirigió hacia la puerta.

—Abran.

Era una voz bronce, de hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó el americano, ya junto a la puerta.

—Policía.

—La policía. Voy a abrir —informó en voz alta, para que se enterase la joven.

Abrió a continuación y se encontró frente a dos hombres, que se arrojaron violentamente contra él. Un formidable puñetazo lanzó a Frank unos cuantos pasos atrás, a punto de perder el equilibrio.

El otro desconocido le atacó con la cabeza. El del puño había sido más rápido. El segundo agresor no encontró obstáculo en su embestida, y braceó desesperadamente para conservar el equilibrio.

No lo consiguió. Llegó junto al americano, y éste lo lanzó contra el suelo de un tremendo puñetazo en el cogote.

No adelantó mucho. El otro hombre llevó su diestra al bolsillo posterior del pantalón y la sacó armada de una pistola automática extraplana y de cañón corto.

Dirigió una rápida mirada por el hueco de la puerta, y la cerró, pasando el cerrojo. Inmediatamente encañonó a Shunt.

—No me arriesgaré a que me devuelva el puñetazo Parece muy

fuerte —dijo.

—¡Conque policía!

—Es la palabra mágica que abre cualquier puerta. Ha sido una suerte encontrarle aquí.

—¿Qué pretenden? ¿Por qué esta violenta intrusión?

—¿Y Paulette?

—Sólo estoy yo en la habitación. Ya lo ve.

—No estoy ciego. Pero tampoco sordo, y he oído una voz de mujer.

—Lo habrá imaginado.

—Quizá sea ventrílocuo.

—Será mejor que atienda a su compañero. Tenemos mucho tiempo para nosotros.

—No me molesta que esté un reto callado mi amigo. Gírese de espalda.

—No quiero que me hunda el cráneo.

—Sólo quiero comprobar si va desarmado.

—Puede tener la seguridad. Llegué ayer de América, y no es nada fácil hacerse con una pistola en una ciudad extranjera, donde no se conoce a nadie.

—Obedezca.

—Puede cachearme de frente.

—Bien. No tiene demasiada importancia. No se atreverá a obligarme a presionar el dedo.

Tenía unos cuarenta y dos años el hombre de la pistola. Era bajo y recio, con más aspecto de cargador de puerto que de otra cosa.

Avanzó hasta Frank y le metió el cañón y parte del puño en el vientre. Con la mano izquierda tanteó los bolsillos derechos del joven. Luego se cambió el arma de mano y repitió la operación con la mano derecha. Parecía conocer muy bien los sitios donde habitualmente se llevan las armas de fuego.

El del suelo continuaba inerte, boca abajo. Paulette no daba señales de vida, encerrada en el cuarto de baño.

El hombre chaparrudo de la pistola pareció adivinar que estaba allí, y sin dar la espalda a Frank fue hasta el cuarto de baño y levantó el picaporte. La puerta no cedió.

—Abre, Paulette. Queremos hablar contigo.

—No abras. Y si hay una ventana, pide auxilio. Me está

apuntando con una pistola.

La bella muchacha siguió sin dar señales de vida. Quien ya las daba era el hombre tumbado por Shunt.

—Si no abres enseguida, mataré a este hombre —amenazó el chaparrudo.

—No abras, Paulette. No se atreverá a cumplir su amenaza.

—Parece muy seguro —masculló, avanzando amenazador hacia Frank.

—Pierde el tiempo si intenta asustarme. Ya soy mayorcito. Voy a ayudar a su amigo.

—No de un solo paso. Conozco sus intenciones.

En aquel momento comenzó a dar grandes voces. El intruso cargó contra la puerta. La hizo crujir, pero no cedió. Ella chilló más.

Nueva carga sin resultado. Estaba furioso el hombre. Shunt deseaba que la puerta cediera y que aquel tipo le diera un brevísimo espacio de tiempo para registrar al otro, que debía llevar algún arma de fuego como su compañero.

Las cosas no sucedieron así. El del suelo se apretaba el occipucio con la mano derecha y miraba con rabia al autor del golpe. Debía tener unos diez años menos que el otro y era más alto y delgado. Llevaba una gabardina un poco raída en el cuello y no usaba sombrero.

Se había sentado en el suelo y parecía asustado por los gritos de Paulette.

—Levántate de una vez. Tenemos que marcharnos. Ésa va a movilizar a toda la calle —gruñó el que estaba en pie.

Alguien comenzó a aporrear la puerta con mucha precipitación. Una voz de mujer joven preguntó al otro lado:

—¿Qué te pasa? ¡Abre!

—¿Qué han venido buscando aquí? —preguntó Frank Shunt.

—Sepárate de una vez de nuestro camino, americano. Puede costarte caro.

El otro hombre se levantó y empuñó una «F. N.», con la que encañonó a Frank, una vez montada.

—¡No seas imbécil! —masculló su compañero.

—De todos modos, ya se ha armado el escándalo.

—Vamos. Y guárdate eso.

El también metió la pistola extraplana en el bolsillo de la

americana y fue hasta la puerta, que seguía siendo aporreada. Descorrió el cerrojo y abrió.

Una joven, con una bata cruzada, retrocedió al verle, y murmuró:

—¿Quién es usted? ¿Qué le pasa a Paulette?

—Venga, deprisa —exigió el hombre, volviéndose hacia su compañero.

—Me cobraré ese puñetazo —dijo el de la «F. N.» metiendo la diestra en el bolsillo de la gabardina, sin soltar la pistola.

La joven de la bata cruzada había visto el arma, y retrocedió aterrorizada.

Vio a los dos hombres cerrar la puerta de golpe y correr escaleras abajo. Seguían oyéndose los gritos de Paulette.

—Puede abrir. Se han ido.

Llamó a la puerta la joven de la bata, y se asustó de nuevo al abrir el americano.

—Pase. Soy amigo de Paulette —dijo él, sonriéndole.

Paulette abrió la puerta del cuarto de aseo y apoyó un hombro en el marco. Estaba muy pálida y respiraba fatigosamente.

Su amiga avanzó presurosa hacia ella.

—Creo que será mejor que llame a la policía. ¿Cuál es su número? —dijo Frank.

—No. Déjelo.

—¿Quiénes eran esos hombres, Paulette? —preguntó la joven de la bata.

—No lo sé. No les he visto. Afortunadamente estaba encerrada, cambiándome de vestido. ¿Qué ha pasado, Frank?

—Al abrir me han golpeado. A uno he conseguido noquearle. El otro me ha encañonado con una pistola. No han dicho siquiera a qué han venido. Al parecer era usted quien les interesaba.

—No creo que puedan escapar. Tus gritos habrán concentrado a mucha gente —dijo la vecina.

—La habitación es interior. Nadie les habrá molestado. Y quizá eso les anime a volver.

—Lo extraño es que la señora Pinier no haya acudido dando voces.

—Muy extraño. Como que temo que le haya sucedido algo. ¿Quieres verlo?

Salió la vecina. Paulette estaba deseando quedarse a solas con Shunt. Le dijo en voz baja:

—¿Qué han dicho esos hombres?

—Nada. Si no fuera porque conocían el nombre de usted y han intentado derribar la puerta, no me habría enterado de sus propósitos.

—¿Cuáles cree que son?

—Usted era su objetivo. Creo que esperaban encontrarla sola.

La muchacha cerró los ojos y tragó saliva con trabajo. Frank la contempló a placer. No había terminado de abotonarse el vestido, y el jadeo ponía una nota incitante en sus carnes blancas. Pensó que era maravillosa aquella criatura tan sensible y asustadiza.

Relajó su cuerpo contra el marco del cuarto de baño, y sin abrir los ojos, dijo, con voz inquieta y algo cansada:

—¿Cree que venían a matarme?

—Es difícil contestar. Desde luego, no se trataba de una visita de cortesía.

—Le ruego que me acompañe a la estación. Me iré a casa.

—¿A Marsella?

—Sí. Estoy en peligro.

—Algo es algo. Después de reconocerlo, supongo que dará un paso más y me explicará por qué.

La vecina daba voces llamando a Paulette. Frank Shunt salió corriendo de la habitación, y Paulette marchó tras él.

Los gritos de la joven de la bata cruzada les orientaron. En un armario empotrado estaba el cuerpo inanimado de la señora Pinier, la dueña de la pensión.

Frank la sacó de allí. Al comienzo creyeron que estaba muerta. Después comprobó el hombre que solamente estaba sin sentido, a consecuencia de un golpe en la cabeza con algún objeto contundente, que le había producido una herida, ensangrentándole el cabello.

—Seguramente le han golpeado con la culata de una pistola al abrirles la puerta —razonó, mirando a las dos muchachas.

—Hay que avisar a la policía.

—No te precipites, Jeanine. Lo primero es atenderla. Después ya pensaremos —dijo Paulette.

—Esto ya no tiene remedio. La señora Pinier avisará si no avisa

usted.

—Sí. Creo que será mejor que llame —murmuró la preciosa rubia con un gesto de cansancio.

CAPÍTULO VI

Eh la ficha de Louis Vitiers había varios domicilios El último era el número cuatro de la calle Rambouillet, a corta distancia de la estación de Lyon.

La fachada de la casa estaba descascarillada. Era un edificio amazacotado, de cuatro pisos, viejo, como todos los de la corta calle, cortada a uno y otro lado por las vías férreas de Lyon y de Vincennes.

Ivette había aparcado su «Dauphine» detrás de un viejo camión, y ella y Roger llevaban un buen rato sin salir del coche, pendientes de la casa, mientras hablaban.

Roger Descamps ya había desistido de convencer a Ivette para que comunicara al inspector jefe Plovét cuanto sabía sobre el asesinato de Jules Vernunt.

Comenzaba a divertirle la muchacha, y estaba deseando que se encontrara en un apuro para que comprendiera que sus clases de «judo» no le eran útiles más que para defenderse de algún gamberro ocasionalmente.

Por lo demás, se dijo que ganaría posiciones en la consideración del fiscal si podía presentarle aquel caso resuelto, sin tener en cuenta que estaba disfrutando el permiso.

—Esa gente suele trasnochar y levantarse tarde. Será mejor que le hagamos una visita a su apartamento —dijo, cansado de esperar y queriendo ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar la muchacha.

—Bien. Hace rato que lo estaba pensando, pero no creí qué te atrevieras.

—¿Has pensado también que si es el asesino o está seriamente complicado, no vacilará en usar cualquier clase de arma?

—¿Qué pretendes, asustarme para que lo deje en manos de la

policía?

—Pretendo hacerte comprender que no es cosa de mujeres.

—No seas anticuado, querido.

—Tienes razón. Después de haberte visto tumbar a Louis, que es un hombrón, no estoy en condiciones de discutir tu capacidad para lo que sea.

Se apeó Ivette, cogiendo el bolso. Roger se encogió de hombros y salió del vehículo.

Un «Citroën» daba la vuelta a la esquina. Fue a detenerse precisamente delante de la casona.

Roger tiró bruscamente de un brazo de la joven y la hizo dar media vuelta violentamente, quedando cara a Descamps. Ella le miró con extrañeza. Le había hecho daño. Antes de que pudiera hablar, dijo él:

—Es Pierre. Va con otro. No te vuelvas.

—Eres un bruto.

—Miran hacia aquí. Será mejor que...

Aún no le había soltado el brazo. Tiró con fuerza y abrazó a la muchacha, besándola en la boca. Ella le empujó el pecho.

—Es para disimular. Déjate besar —murmuró Roger.

La besó de nuevo. Esta vez no tenía nada de fingido por parte de ninguno de los dos.

De reojo, Ivette miró hacia el «Citroën». Pierre, con su pantalón y su jersey negro, estaba en la acera, moduló un silbido y dijo algo a su compañero, tan joven como él.

Después entraron en la casa. Ivette se separó entonces, diciendo:

—Te has aprovechado bien.

—Convendrás conmigo en que no había mejor manera de disimular. ¿Sabes que va gustándome esto de perseguir criminales?

—Eres un fresco, pero simpático. Nos han estado mirando. ¿Crees que me habrán reconocido?

—Posiblemente, pero no tiene demasiada importancia. Vamos, no tendremos necesidad de preguntar en qué piso vive.

—Lo sé. En el segundo E.

—De todos modos. Acelera el paso, si te atreves aún, sabiendo que son tres.

—No me importa.

—Entonces, adelante. La mejor oportunidad de entrar en el piso

es aprovechar cuando Vitiers abra a sus cómplices.

—Si quieres presentarte ante esos dos, ¿por qué temías que nos vieran?

—Dos enamorados no infunden sospechas nunca. En todo caso, envidia.

—Eres un granuja, pero comienzas a gustarme.

—¿Sólo comienzo?

—Hablemos de cosas más serias. ¿Qué piensas hacer?

—Ya te lo he dicho. Aprovechar el momento en que el que hay dentro tendrá que abrirles la puerta.

Entraron en la casa. Un pasillo y, enseguida, la escalera. Se oían las pisadas de los dos jóvenes. Cesaron enseguida, cuando la pareja llegaba al primer descansillo.

Por esta razón subió más deprisa Roger, y la muchacha le imitó. Sentía ella un vacío en el estómago. Nunca le había ocurrido anteriormente. ¿Sería miedo? Desechó la idea por absurda. Debía ser la emoción del peligro.

—¿Se habrá largado? —Gruñó alguien, arriba.

—No sabe nada y está durmiendo tan tranquilo.

Esta vez reconocieron Roger y la muchacha la voz de Pierre.

—Imposible. Son las nueve y media largas.

—Las diez menos cinco. Sigue apretando el timbre.

Roger e Ivette llegaron al rellano del segundo piso. Formaba un largo pasillo en las dos direcciones, con una puerta enfrente de la escalera y otras cuatro en cada pasillo.

Dos hombres sumidos en la penumbra del corredor estaban ante una de las puertas.

Sin vacilar, Roger se metió en la semioscuridad, en dirección a los dos hombres. Ivette se colocó a su derecha y empuñó la pistola, sin sacarla del bolso.

Pierre y su compañero les miraban en silencio. Debieron suponer que se dirigían al cuarto que había enfrente del de Louis, y esto simuló Roger, deteniéndose ante aquella puerta y diciendo a la muchacha:

—Creo que es muy temprano para visitarla. De todos modos, llamaré, ya que estamos aquí.

—Se levanta temprano —dijo Ivette, que ya iba a sacar la mano armada del bolso, y se dio cuenta a tiempo de la argucia de su

amigo.

—No sé qué hacer. ¿Por qué no volvemos después?

—Llama. No le molestará.

Se oía el timbre presionado por el compañero de Pierre. La última esperanza de Roger es que no se oyera desde fuera, y estaba descartada.

Haciendo de tripas corazón, tocó al timbre. Ivette sonrió, pensando cómo se las arreglaría el joven para salir del paso.

Una voz bronca masculló:

—¡Ya está bien! ¡No soy sordo!

Parecía muy enfadado el hombre.

—Soy Pierre. Abre.

—Haberlo dicho.

La llamada de Roger había sido muy corta. Sin embargo salió una mujer regordeta antes de que se abriera la otra puerta. Se iluminó algo más el corredor. La mujer les miró a todos con prevención y dijo secamente:

—¿Qué desean?

—Somos nosotros. Yo me he dicho, de seguro que está en la compra. ¿Y su marido, está? —se apresuró a decir Ivette, temiendo que todo se derrumbara.

—No la conozco. ¿Qué quiere?

Había aumentado la desconfianza de la mujer.

—Soy Ivette. ¿No le ha hablado su marido de mí? Soy hija de...

Pierre contemplaba la escena entre divertido y desconfiado. Ivette dejó de hablar. Había sonado el pestillo de la otra puerta.

Roger se lanzó contra Pierre y le dio un tremendo empujón, arrojándolo contra su compañero. Éste chocó contra la puerta cuando se estaba abriendo y el mismo movimiento de la puerta le arrojó contra Louis, que tenía fuera del pantalón los faldones de la camisa y estaba poniéndose una corbata.

Nuevo empujón de Roger a Pierre. La puerta se había abierto de par en par. Los cuatro hombres entraron de rondón. Pierre fue el primero que se revolvió, dirigiendo un fuerte directo hacia la cara de su agresor.

La mujer cerró la puerta de golpe. Roger esquivó el puñetazo de Pierre y le dio un puntapié en el vientre. Ivette dejó caer el bolso y montó la pistola con un ruido metálico seco.

—¡Quietos todos! —ordenó.

Antoine, que era el acompañante de Pierre, se arrojó de cabeza contra Roger, al tiempo que éste descargaba un formidable mazazo contra el cráneo de Pierre.

Descamps lanzó un ronco gemido al recibir el cabezazo en el pecho. Reculó violentamente, tropezó con la pistola y luego con Ivette, que soltó el arma, temiendo matar al joven, y retrocedió, chocando a su vez contra el borde de la puerta.

El más lento de reacciones había sido Louis Vitiers, quizá porque ya rondaba los cincuenta años. Al ver caer el arma, se arrojó en plancha sobre ella.

Descamps se dio cuenta y le propinó un bestial puntapié en la cara, arrancándole un alarido de dolor. Antoine aprovechó la ocasión y golpeó la cara de su enemigo.

Louis soltaba tacos, agitándose en el suelo, con ambas manos en la cara. Pierre y Antoine se lanzaron contra Roger, que detuvo en seco al primero y fue golpeado en el vientre por el segundo.

Retrocedió un par de pasos Roger a consecuencia de un rechazo de Pierre. Iba éste a repetir, cuando entró en acción Ivette contra él.

Su golpe no pudo ser más afortunado; un corte en la cara, buscando la sien. Se tambaleó el joven del jersey negro y después se arrojó contra ella.

Sin saber cómo, se vio volando por el aire hacia el interior de la desordenada estancia. El batacazo fue espectacular. La muchacha corrió tras él.

Descamps estaba liado a puñetazos con Antoine. Louis seguía aullando de dolor, pero quiso tomar la pistola. El joven invasor dio un salto al darse cuenta y llegó a tiempo de arrojar el arma a un rincón, debajo de un viejo sillón.

Y aprovechó la ocasión para cobrarse algo de lo que le debía Louis: un nuevo puntapié en las costillas y un pisotón en la diestra.

Tuvo que dejarle porque Antoine, que no había llevado la mejor parte en la lucha, introducía la mano derecha debajo de la americana, hacia la axila.

Saltó hacia él. Antoine ya estaba retirando la mano. Un cabezazo en el pecho le arrojó de espaldas en el suelo a unos pasos de distancia, casi donde Pierre aullaba de dolor, inmovilizado por una

llave de la muchacha.

Roger saltó por encima de Louis Vitiers y recogió la pistola de Ivette.

—Bien, amigos, esto se ha terminado —dijo.

Antoine también tenía en la mano una pistola, pero no había tenido ocasión de montarla. La dejó caer a su lado. Ivette daba con el canto de la mano en la nuca de su enemigo, sin soltar la llave. Repitió dos veces el golpe y después se levantó con el pelo alborotado y diciendo, sonriente:

—He tenido que graduar los golpes para limitarme a ponerlo fuera de combate, sin más complicaciones.

—Ya hablaremos más tarde. No sé qué entiendes por complicaciones.

Miraba el «Colt» que empuñaba, pensando que más complicaciones que aquélla no cabía.

La muchacha no se dio por enterada y recogió del suelo la pistola de Antoine.

—Bueno, creo que el asunto Vernunt ha terminado. Y reconozco que eres un valiente y que pegas duro.

Al oír el nombre de Vernunt, Louis dejó de quejarse y miró a Roger, diciendo:

—¿Les ha enviado él?

—¡Como no sea desde el depósito de La Morgue! —Gruñó Antoine.

Vitiers le miró, volviendo bruscamente la cabeza.

—¿Qué dices? —masculló.

—Se lo cargaron anoche. Eso veníamos a decirte.

Louis emitió un silbido y volvió a mirar a Roger.

—No me quiera cargar ese paquete, inspector. Acabo de recibir la primera noticia.

—Eso ya se aclarará. Arriba, amigos. Tú regístrales, Ivette.

—Prefiero que lo hagas tú. Yo dispararé, si te atacan.

—No están en condiciones de seguir ofreciendo resistencia. Te has metido en un mal asunto, Vitiers.

Le obligó a levantarse. Pierre ya se movía, emitiendo una serie de gemidos.

—¿Por qué apuñalaron a Jules Vernunt? —preguntó Ivette.

—Sabe muy bien que nosotros no hemos sido —gruñó Louis.

—Es inútil. No soltarán una sola palabra. No son novatos. Mira si encuentras un teléfono.

—No hay. Y no tengáis prisa —dijo Antoine.

—Llama desde cualquier sitio al inspector Plovett. No creo que se alegre mucho cuando sepa lo ocurrido.

—Ya hablaremos de eso —dijo Ivette, pero salió, recogió su bolso y dejó dentro la pistola de Antoine.

Cuando regresó, Antoine estaba en pie, y los otros dos sentados. Roger tenía dos pistolas en las manos y estaba recostado contra la pared.

—¿Le has telefoneado? —preguntó.

—Sí. No estaba en Jefatura. Me han dicho que había marchado urgentemente a la calle de Víctor Hugo. He supuesto que a la pensión donde está mi amiga Paulette. He insistido en que viniera él personalmente.

—Lo prefiero.

—¿Te han dicho algo?

—Estoy acostumbrado a oír negativas. Ya les desatarán la lengua en la Jefatura.

CAPÍTULO VII

Paulette Grenier ya había tenido tiempo de serenarse y de reflexionar profundamente, cuando llegaron el inspector jefe Plovet y su ayudante, el inspector Garnot. Éste era un joven alto y delgado, de unos veintisiete años y de aspecto agradable, contrastando con su jefe en todo.

La señora Pinier seguía sin sentido. Se habían limitado a hacerle un rudimentario vendaje para que no siguiera sangrando.

—Cuénteme qué ha pasado ahora, míster Shunt —dijo Plovet.

—Ya ha escuchado la versión de esta señorita, que ha sido quien ha descubierto a la señora Pinier.

—Me refiero a esos dos hombres. ¿Les conoce?

—No recuerdo haberme cruzado anteriormente con ellos. Pero, al parecer, sabían quién era yo, aunque han demostrado haber venido por la señorita Grenier.

—Vamos a su cuarto, señorita Grenier. Me lo explicarán sobre el terreno. Encárguese de esa mujer, Garnot.

—Considero que debo llamar a un médico.

—Hágalo.

El inspector jefe y los dos jóvenes fueron hasta la habitación de Paulette. Frank Shunt contó exactamente lo que había pasado. Paulette se mostró algo arisca cuando la interrogó el policía.

—Todo lo que sabía sobre este asunto se lo dije anoche —afirmó, molesta, ante la insistencia del inspector.

—No me dijo nada. Simplemente que acudió a Orly para recibir a la víctima y al señor Shunt, y que les estuvo mostrando la ciudad, acompañándoles a tres joyerías.

—Eso es verdad —dijo Frank.

—Es todo lo que sé. Debe creerme.

—Lo siento. Tendrá que ser más explícita. Tendrá que acompañarme a mi despacho y la retendré allí todo el tiempo que haga falta, si se empeña en no colaborar.

—Quería pedirle autorización para regresar a Marsella con sus padres —dijo Frank, con el exclusivo propósito de orientar a Plovét.

—No saldrá de París mientras no declare cuanto sabe.

—No puede obligarme a quedarme aquí. Esos dos hombres volverán o me esperarán en la calle y me matarán —exclamó, desesperada.

—Ayuda al inspector, Paulette —dijo el americano, tuteándola.

—No sé nada. ¿Cómo tengo que decirlo? Usted debe saber mejor que yo por qué han asesinado al señor Vernunt, puesto que era su amigo y vino con él.

—Señor Plovét. Una llamada de Jefatura. Al parecer esa muchacha, Ivette Delange, ha localizado y detenido a los tres hombres que considera autores de la muerte de Vernunt —dijo el inspector Garnot, entrando en la habitación.

—¡Que esa muchacha les ha detenido!...

—Eso he creído entender.

Plovét salió de estampía. Garnot a Paulette, diciendo:

—¿Es muy bromista su amiga Ivette?

—Es muy capaz de detener a los asesinos, si se refiere a eso.

Salió, dejando solos a los dos jóvenes.

—Sería una buena noticia ésa. Sobre todo para ti. No pareces muy convencida de que sea cierto —dijo Frank.

—¿Por qué no? No conoces a Ivette. Practica judo y un día le vi dar una buena paliza a un hombre que nos molestó.

—Ha hablado de tres hombres y aquí sólo entraron dos. ¿Serán los mismos?

—No has debido decir al inspector que quería irme a mi casa.

—No sé cómo actuará la policía francesa, pero la americana es intransigente en sus cosas. Sobre todo, cuando media un homicidio. No debes moverte de París.

—¿Qué quieres, que espere aquí a que vuelvan esos hombres?

—Te vienes al «Hotel du Midi» conmigo.

—Creo que me has confundido, Frank. No soy de esa clase de chicas.

—La que has confundido mis intenciones eres tú. Pedirte que te

alojes en el hotel no quiere decir que vengas a mi compartimiento. Se trata de estar cerca, de manera que pueda protegerte a cualquier hora.

—Gracias. Ya me las entenderé sola.

—Estoy convencido de que sabes bastante más de lo que dices sobre la muerte de Vernunt. Confía en mí. No se lo diré a la policía. No quieres que se mezcle en tu vida, ¿verdad?

—Si esto no fuera tan horrible, me harías reír. Te digo que me confundes. Estoy en París para estudiar, y es lo que hago, aunque te parezca mentira.

Se enmarcó en la puerta el inspector jefe Plovet.

—Venga con nosotros, señor Shunt. Han detenido a los presuntos del crimen. Quiero que los identifique.

—Volveré, Paulette —aseguró el americano.

Se fue con Plovet y con Garnot. Frente a la pensión les esperaba un coche oficial. Se puso Plovet al volante y se lanzó a gran velocidad por las calles de la ciudad en dirección a la estación de Lyon.

Un coche celular se les había adelantado y estaba aparcado frente al número cuatro de la calle Rambouillet. Los dos agentes y el conductor esperaban en la acera y saludaron a los dos inspectores. Plovet hizo un significativo movimiento de cabeza, y los agentes subieron tras ellos.

—Ahí están —dijo Ivette, precipitándose hacia la puerta y abriendo.

Entraron los policías.

—¡Vaya! ¡Pero si es nuestro amigo Vitiers! —exclamó el inspector jefe.

—Es otra coladura de ustedes. Soy inocente como un angelito. No sé ni una sola palabra de la muerte de ese Vernunt.

—¿Quiénes son estos dos? Nuevos, ¿eh? —dijo Garnot, avanzando hacia Pierre y Antoine, que se hablan levantado al llamar al timbre de la puerta.

—Somos amigas de Louis. Hemos venido a verle y nos han atacado —dijo Pierre.

—Ya veo. Otros dos angelitos. No esperaba encontrarte aquí, Roger.

—Pura casualidad. Íbamos en el coche de la señorita Delange,

cuando ha reconocido a Pierre, el del jersey. Le seguimos y nos trajeron hasta aquí. Estas pistolas las llevaban encima esos dos.

—Son los asesinos del señor Vernunt. Ya le hablé de ellos, los de la cafetería. Louis Vitiers es el jefe.

—A éste le conozco. Lo metí en el furgón hace un par de años por el robo armado a una joyería de la *Place de la Victorie* —dijo un agente, señalando a Pierre.

—Sólo se me pudo probar complicidad. Pero ahora han patinado. Nada tenemos que ver con ese Vernunt —dijo Pierre.

—De todo eso hablaremos más tarde. ¿Son los hombres que forzaron la entrada en el apartamento de la señorita Grenier, señor Shunt?

—No. Pero a este joven recuerdo haberle visto dos o tres veces cuando salimos a dar una vuelta por la ciudad el señor Vernunt, la señorita Grenier y yo.

—¡Eso es mentira! En todo caso, una casualidad. Yo no le he visto a usted en mi vida —se defendió Antoine con violencia.

—Les estaba siguiendo y vigilando desde el aeropuerto —aseguró Ivette.

—Me fijé dos o tres veces en él, pero no le concedí importancia.

—¡Mienten!

—No te sulfures, Antoine. Somos inocentes y lo demostraremos, Le aseguro que esta vez ha errado el tiro, inspector Plovet.

—No me repitas que eres un angelito, Louis. Ya lo dijiste antes. Llévenselos.

—¿Qué ha sido lo de Paulette, Frank? —preguntó Ivette con desparpajo, acercándose al americano.

—Un simple susto. No es tan valiente como usted.

—Es muy impresionable. Iré a animarla. Deben ser compañeros de éstos. Espero que el inspector Plovet les arranque sus nombres.

—Se desenvuelve usted con mucha soltura. ¿Quieres venir conmigo, Roger? Voy a echar un vistazo por la casa. ¿Lo has hecho tú?

—No he querido perderles de vista. No ha sido fácil detenerles. Hemos luchado. Afortunadamente la señorita Delange es una buena judoka.

Sonreía, divertido. Pero cuando entraron en otra habitación, contó al inspector toda la verdad a excepción de lo que se refería a

la pistola, que no mencionó, y que estaba dispuesto a decir que era suya, si salía a relucir en las declaraciones de los detenidos.

—Di a esa muchacha que entre. Ha tomado esto como un pasatiempo. Le voy a quitar las ganas de meterse en más líos y de engañar a la policía.

—No se exceda, señor Plovet. Y hasta preferiría que no se enterase de que le he hablado de ella.

—Debo escarmentarla.

—Es un favor personal. Me gusta y no quiero que me eche. Es muy vehemente.

—Está bien. Seré suave.

—Prefiero que no le hable siquiera. La convenceré para que deponga la verdad. Yo oí lo mismo que ella en la cafetería, y en todo caso bastaría mi testimonio.

—De acuerdo. Trabájala tú. Y espero que formule una completa declaración por escrito.

—Bien. ¿Qué ha pasado con la amiga de Ivette?

Le explicó Plovet lo que sabía, y añadió:

—Confiemos en que sean cómplices de Vitiers. Si no fuera así, se complicarían las cosas.

En el dormitorio de Louis Vitiers encontraron una pistola dentro de una funda sobaquera. Poco después se iban los dos inspectores, cerrando la puerta del piso.

—Si va a la pensión de Paulette, le puedo llevar en mi coche. Roger y yo vamos allí —dijo Ivette, cuando los tres jóvenes estuvieron en la calle.

—Bien. La verdad es que gustaría saber por qué asesinaron a mi amigo Vernunt, y creo que Paulette sabe algo.

—No tardaremos en saberlo. Harán hablar a esos tres, aunque no quieran.

—En cambio, Paulette está convencida de que es usted quien conoce la causa del crimen —dijo la joven.

—No sé nada. Fuimos objeto de una estafa muy hábil. Digo fuimos, dando crédito a las palabras de Vernunt. Al menos, me estafó él en una cuantía de trescientos seis mil dólares.

Roger lanzó una exclamación y luego silbó admirativamente.

—¡Una fortuna! —exclamó Ivette.

—Le había pagado cincuenta mil dólares en efectivo, y le firmé

dos letras por el resto. Pero, al darse cuenta del engaño uno de mis clientes, reclamé y me devolvió el dinero y las letras.

—No puede hablar de estafa, en ese caso.

—Sí lo es. Para Vernunt. Me pidió que le acompañara en este viaje. Quería que comprobara personalmente que no había obrado de mala fe. No conocía Europa y decidí hacer el viaje.

—Y el vendedor fue uno de los joyeros que visitaron ayer, ¿no? —inquirió Roger Descamps.

—No. Vernunt tenía que tratar algunos asuntos particulares en Marsella. Al parecer tenían más importancia para él que la estafa. Esta mañana tenía que haber salido hacia Marsella. Esperaba estar allí tres o cuatro días, que yo aprovecharía para conocer París.

—Extraño comportamiento el del señor Vernunt, ¿no le parece? Una estafa de trescientos mil dólares tiene su importancia.

—Para él la estafa sobrepasaba el medio millón de dólares.

—A pesar de lo cual, concedía mayor importancia a lo que tenía que hacer en Marsella.

—No digo que la tuviera económicamente. Era un hombre reservado. Al menos, conmigo. Por eso pienso que Paulette sabe mucho más de su muerte de lo que ha dicho a la policía y a mí mismo.

—Todo es muy extraño —murmuró Ivette que, a pesar de ir al volante, estaba pendiente de la conversación de los dos hombres, sentados en el asiento posterior del coche.

—Debo hacerles constar que la compañía que concertó la operación de los diamantes con el señor Vernunt, es belga y está radicada en Bruselas y Ostende, aunque tiene una sucursal aquí.

—¿Realizó la operación con la sucursal de aquí?

—No. Directamente con la central de Bruselas. Y allí tañíamos que dirigiéramos en cuanto regresara Vernunt de Marsella.

—¿Por qué no ha dicho todo esto a la policía?

—No he querido complicar más las cosas. Vernunt estaba convencido de que podría solucionar el asunto. Al parecer, intercambió unos cables con la sociedad.

—¿Cuál es?

—Prefiero reservármelo. Por lo demás, supongo que la policía habrá encontrado entre las cosas del muerto toda la documentación concerniente a esa operación.

—No tengo noticia de ello, y he leído todos los apuntes del inspector Plovet.

—Creo que he hablado más de lo que debía.

—¿La «Société Minière de Katanga»?

—No. «Exploitations du Congo». Pero Vernunt sostenía que debía tratarse de un error, ya que le enviaron diamantes falsos de alta calidad, de los usados en algunas industrias.

—¿Carburundum?

—No. La aplicación es de la misma, pero ya le he dicho que es una imitación casi perfecta del diamante industrial.

—Debe decirlo a la policía. De todos modos el asunto parece resuelto.

—Lo está —intervino Ivette—. Recuerda lo que dijo Pierre en la cafetería.

—Estamos de acuerdo en eso. Vitiers es un *gángster*. La policía lo sabe, pero no ha podido demostrar su participación directa en dos importantes atracos. Sus hombres son tumbas, cuando son detenidos. Pero la estafa no es lo suyo, ni tampoco los diamantes.

Ya estaban llegando a la pensión donde se hospedaba Paulette Grenier, cuando Ivette llamó la atención de los dos hombres, al decir:

—Juraría que aquél es el «Florida» de Paulette.

Miraron los dos. Vieron un coche de aquella marca. Llevaba dos maletas en el portaequipajes.

—Está asustada y es capaz de marcharse a Marsella, a pesar de habérselo prohibido el inspector —dijo Shunt.

—Tal vez intente solamente cambiar de pensión para que la dejen tranquila —apuntó Roger.

—Voy a disminuir la distancia. Conozco la matrícula.

Era muy escaso el tránsito de la calle. La joven pisó el acelerador. Un coche americano arrancó y siguió la misma dirección. Lo dejaron atrás, sin fijarse apenas en él.

Ivette tuvo que dar un potente frenazo al salir un coche por una calle transversal. Arrojó a los dos hombres contra el asiento delantero. Un brusco acelerón les hizo chocar y protestar.

—¿Qué intentas, matarnos? —dijo Roger.

—Asegurarme de que es Paulette.

El coche americano les pasó cuando habían vuelto a alcanzar

una buena velocidad. Casualmente Frank se fijó en los dos ocupantes, y exclamó, nervioso:

—Son ellos, los que entraron en la habitación de Paulette. Acelere, Ivette.

Obedeció. El «Florida» aminoró la velocidad y tomó la amplia avenida del Maine en dirección a Montrouge. El coche americano, no tardó en imitarle, estando a punto de provocar un accidente. Frank presionaba a Ivette, y ésta no respetó el disco rojo; hizo saltar a dos jovenzuelos que cruzaban la calzada y tomó la avenida. Una furgoneta frenó y se desvió a la izquierda.

Oyeron las palabrotas de su conductor, pero sólo fue cuestión de unos segundos. En la avenida se podía apretar, y la muchacha apretó.

—Ha debido disparar contra los neumáticos, Descamps. Se nos escapan —dijo Frank, nervioso.

—Vamos ganando terreno a Paulette. También ellos reducirán la marcha —dijo Ivette.

El coche americano, un «Pontiac», pasó uno tras otro a tres automóviles y se situó inmediatamente detrás del «Florida». Ivette le imitó. El contador marcaba noventa. Afortunadamente los discos indicaban paso libre.

—Sí, es el coche de Paulette —dijo Ivette, que acachaba de distinguir la matrícula.

—Es extraño que se acerquen tanto, si la siguen —dijo Roger viendo que el «Pontiac» daba alcance al «Florida».

—Les alcanzaremos enseguida —dijo Ivette—. Van a pasarla.

De pronto se pusieron nerviosos los tres. El coche americano se ciñó al pequeño de Paulette, lo adelantó y le fue cerrando el paso.

Seguramente pretendían obligarla a detenerse. Pero Paulette frenó y se desvió a la derecha, seguramente presa del mayor pánico.

El cochecito montó en la acera y embistió a una farola, contra la que se estrelló con un ruido infernal, a pesar del frenazo.

Ivette consiguió frenar a tiempo. Ella y Shunt fueron los primeros en llegar al coche siniestrado. Paulette estaba gimiendo, casi tumbada en el asiento.

A pesar de su terror, se había tumbado en el último momento para no ensartarse en el volante. No lo había conseguido del todo, y el golpetazo había sido brutal.

Roger se acercó corriendo, echó un vistazo a la víctima y siguió corriendo hasta una farmacia que había enfrente mismo del lugar del accidente.

—El teléfono, por favor —pidió.

Le hicieron pasar a la trastienda. Llamó a la policía y comunicó la matrícula del «Pontiac» y lo ocurrido, señalando que estaba relacionado con el asesinato de Jules Vernunt.

Antes de que colgara el aparato entraron en la trastienda de la farmacia Ivette, dos desconocidos, el farmacéutico y Frank llevando en brazos a Paulette.

—Enviarán una ambulancia enseguida. Por fortuna no parece haber sido grave —dijo a Ivette.

—Eso no se sabrá mientras no la examinen bien. Les hemos dejado escapar.

—Les buscará la patrulla. He dado la matrícula del coche.

—Será mejor que los hombres salgan —dijo el farmacéutico.

—Limítese a suministrarle algún calmante —dijo Frank.

—Eso es cosa mía.

—Salgan todos. Yo veré si tiene alguna herida de importancia —intervino Ivette.

Acabaron quedándose ella y el farmacéutico. Pero a los cinco minutos escasos se presentó una ambulancia. Roger estaba dando las explicaciones que le pedía un guardia de tránsito. Un coche patrullero pasó a gran velocidad haciendo sonar la sirena.

—No escaparán —dijo Roger.

Se había agolpado mucha gente. Los camilleros sacaron al momento a Paulette en la camilla. Shunt se acercó a ella y acompasó su paso al de los camilleros, preguntándole:

—¿Cómo te encuentras?

—Creo que muy mal. Han querido asesinarme.

—Yo diría que raptarte. Eran los mismos. Les he visto, pero no tardarán en ser cazados por los coches patrulleros. ¿Dónde la llevan?

—Al Quirúrgico de la avenida de Orleáns. Está cerca.

—Sé dónde es —dijo Ivette, que no había abandonado a su amiga.

CAPÍTULO VIII

El fiscal Marcel Druot le estaba esperando. Era un hombre alto y recio, de unos cincuenta años. Su calvicie total le daba más personalidad.

—Siéntate, Descamps. Esperaba que vinieras a informarme sin necesidad de llamarte. Plovet me ha estado informando ampliamente.

—Quería reunir más datos, señor Druot.

—Bien. Veo que eres un muchacho ambicioso. No te consideraba así. Eso está bien. Como yo no te daba tu oportunidad, te la buscas tú.

—Verá. Yo...

—No te disculpes. Si alcancé muy joven la fiscalía de Lyon fue precisamente por mi decisión. Es la única manera de que se fijen en uno. Había encargado de este caso a Molt, pero ya le he dicho que te lo pase a ti.

—Entonces, el permiso...

—Lo disfrutarás en mejor ocasión. ¿Crees que contamos con elementos suficientes para encausar a Louis Vitiers y a sus dos cómplices?

—No, decididamente, no. Todo parecería más claro si no hubieran intentado raptar o asesinar a la señorita Grenier.

—Veamos, tenemos los antecedentes de Vitiers, las pistolas, el testimonio tuyo y de la señorita Delange sobre lo que hablaron en el «Trébol»...

—Y la declaración de Frank Shunt reconociendo a ese Antoine Chantier, que carece de antecedentes penales. Pero tenemos en contra que Vitiers tiene la especialidad de los atracos armados, y no las estafas.

—¿Estafas?

—Sí. Ya he informado al inspector Plovet. Se trata de una fabulosa estafa que supera el medio millón de dólares.

—Veamos.

Le explicó lo que había sacado a Shunt, y también la opinión de éste sobre la importancia del viaje que Vernunt pensaba realizar a Marsella.

—Sí. Creo que el asunto es complicado y que habrá que buscar las fuentes del crimen ya sea en Marsella, ya, preferentemente, en Bruselas, en «Exploitation du Congo».

—He pedido informes bancarios y comerciales sobre esa Sociedad y sobre su gerente de aquí, un tal Robert Achard. Son excelentes. He hablado con Achard y me ha acompañado el señor Shunt como técnico en esa materia.

—¿Y qué?

—No tenía noticias de la operación, pero consideró que era probable un error de envío. Puso una conferencia a Bruselas y le confirmaron que había sido una lamentable equivocación del jefe de almacén, que ya habían solucionado por cable con el señor Vernunt, que no necesitaba haberse desplazado a Europa para solucionarlo.

—O sea que hay que eliminar esa pista.

—No lo sé. Hay que aprovechar todas las pistas hasta que el caso esté resuelto. Mi opinión es que el *gang* de Vitiers pensaba asesinar a Vernunt y alguien se les adelantó.

—Bien, Roger. Adelante. Haz todo lo que consideres necesario. Tendrás todo el apoyo oficial que necesites. Toma y tenme al corriente de tus progresos. Necesito uno o más culpables.

—Los tendrá, señor Druot.

Estaba algo nervioso. Hasta que se encontró en el pequeño despacho que ocupaba en el mismo edificio no se atrevió a abrir el sobre.

Siempre se le habían encomendado asuntos de trámite, el enlace con la *Sureté* y la comprobación de alguna coartada u otros servicios análogos, bajo las inmediatas órdenes de Molt o de Lazie, sustituto del fiscal.

Entró Molt sin llamar a la puerta y sonrió.

—¿Nervioso, Roger?

—Bastante.

—Has dado un buen salto inesperadamente. Procura fió fracasar. El asunto no parece fácil.

—Y no lo es. Pero encontraré materia para encausar a Vitiers o quien sea.

—¿Sabes qué abogado ha tomado Vitiers?

—Sí, a Perrin.

—Tienes que atar muy corto. Druot no te perdonaría que le hicieras quedar en ridículo.

—No lo haría. Sin pruebas suficientes no se enfrentaría con Perrin.

—O sea que esos tres hombres tendrían que ser puestos en libertad mañana mismo.

—Tengo el recurso de detenerles por tenencia ilícita de armas.

—Es lo único. Un máximo de seis meses.

—Más que suficientes para tenerles a nuestra disposición.

—Sería un lamentable handicap en tu carrera. Saca pruebas de donde sea.

—Gracias, Molt. Lo haré.

Se levantó y se dispuso a salir.

—Una comida demasiado pesada para que la puedas digerir. Druot se ha precipitado. Al final me dará la razón.

—Veo que te preocupa izarte sobre mis hombros.

—Te falta experiencia. Eso es todo.

—Postergado como estaba hasta ahora, llevaba camino de no adquirirla nunca.

—En tu lugar, me encerraría en mi casa y rompería los codos para tratar de conseguir una plaza en Judicatura.

—El apacible y gris pueblecito donde me destinarían puede esperar uno o dos años más. Voy encontrándole alicientes a París, Molt. Procuraré quedarme y lo mejor situado que me sea posible.

Salió de su despacho y se lanzó a la calle. Iba pensando en Molt y esa sus consejos. No le faltaba razón. Era un recurso pobre y peligroso mandar a la cárcel a los tres detenidos, por un delito de menor importancia como era la tenencia ilícita de armas, cuando, en realidad, se les había detenido bajo la acusación de asesinato.

Fue a la Jefatura de Policía. El inspector jefe Plovot no estaba allí. En su despacho supo que no se les había arrancado una sola declaración satisfactoria a los detenidos.

Le dijeron que Frank Shunt estaba en Archivo y fue allí. El americano tenía gesto de cansancio y se alegró al verle.

—No supuse nunca que esto podía ser tan pesado. Llevo casi tres horas mirando fotografías.

—Ha debido seleccionarle las fichas de antemano, Lambert. Hágalo teniendo en cuenta las descripciones. Me llevo al señor Shunt. Ya volverá cuando usted tenga hecha esa selección previa para simplificar las cosas.

—Me ha hecho un buen favor. ¿O lo hace interesadamente?

—Dentro de media hora sale un avión para Bruselas. Me iba solo, pero pienso que le gustaría hacer una visita a las oficinas centrales de la «Exploitation du Congo».

—¿Piensa sacar algo de esa visita?

—Comprobar la veracidad de la conferencia de Robert Achard. ¿No formaba parte de su misión en Europa comprobar la buena fe del señor Vernunt?

—Sí, pero no es que me interese mucho, sobre todo, después de su muerte. Ya no tendré posibilidad de seguir comerciando con él.

—Usted es un entendido en diamantes. Creo que su compañía me será útil.

—Hay el inconveniente del pasaje.

—Lo arreglaré ahora mismo por teléfono. Vamos.

Abandonaron Jefatura unos minutos después y tomaron un taxi. Le metieron prisa al conductor. Tenían el tiempo justo.

—Veo que cada vez se mete más de lleno en este asunto —dijo el americano, cuando enfilaban la autopista.

—El fiscal me ha encargado de él. Es mi primer trabajo importante y no regatearé medios para llevarlo a feliz término.

—No está solo. Ivette se mueve. Tiene afición a unos pasatiempos muy peligrosos esa muchacha.

—Creí que desmayaría su interés al ver las dificultades. Por el contrario, cada vez se entusiasma más. Quería que marchásemos los dos a Marsella.

—No sería mala idea.

—Pienso ir. Pero antes necesito comprobar que la estafa no es el móvil del crimen.

—Después de la conferencia del señor Achard, considero inútil este viaje.

Roger Descamps se encogió de hombros y consultó su reloj. Llegaron al aeropuerto con el tiempo justo de recoger los pasajes y tomar el avión.

* * *

Eran muy importantes las oficinas centrales de la Compañía en Bruselas, en el *boulevard* Anspach. Y, al parecer, no era fácil llegar hasta el director gerente, René Dullain.

Los dos visitantes parecían pelotas. Iban de control en control. Desde luego eran muy guapas y agradables las señoritas que les atendieron, y el americano parecía sentirse a gusto.

Ahora les sonreía una esbelta trigueña, de simpática nariz respingona.

—Tengan la bondad de esperar un momento. El señor Dullain está despachando asuntos importantes —dijo, envolviéndoles en una amplia sonrisa.

—Lo siento. No podemos esperar. Quiero regresar hoy mismo a París. Anúnciame. Descamps, ayudante del fiscal de...

—Lo sabe, señor Descamps. Insistiré —accionó un dictáfono, y añadió—: El señor Descamps insiste, señor Dullain.

—Bien. Introdúzcale —se oyó responder.

—No es fácil molestarle —sonrió el americano.

—Generalmente a quien en realidad desean ver los visitantes es a un determinado jefe de departamento, aunque todos pregunten por el director. Sígueme, por favor.

—O son muy bonitas y agradables las mujeres de Bruselas, o Dullain ha convocado un concurso de belleza para elegir a sus empleadas —dijo Frank.

—La que a mí me impresionó fue Paulette. Una belleza de una vez.

—Creí que se interesaba por Ivette.

—Es distinto.

—No pise terreno ajeno, amigo Roger. Ése lo he acotado yo.

—¿Con éxito?

—Hasta la muerte de Vernunt la cosa iba bien.

La trigueña abrió una puerta, miró al interior y se hizo a un lado, sonriendo a los visitantes, tras los cuales cerró la puerta.

Un hombre exageradamente alto y delgado, de pelo entrecano, se levantó de su sillón giratorio y avanzó unos pasos con una sonrisa amable.

—Tomen asiento, por favor. Y les ruego que expresen sin ambages lo que desean de mí. Tengo una importante entrevista para dentro de diez minutos.

—Nos tasa mucho el tiempo, señor Dullain. ¿Sabe que Jules Vernunt ha sido asesinado en París?

—Sí, y lo lamento. Era un buen cliente.

—Hasta el extremo de seguir confiando en ustedes, a pesar de haberle hecho una estafa que excede el medio millón de dólares —dijo Frank, duramente.

—Una afirmación gratuita, señor Descamps.

—Mi nombre es Frank Shunt, de Filadelfia. Y no hablo por hablar. De rebote, esta estafa se volvió contra mí, que compré, al señor Vernunt diamantes por valor de trescientos seis mil dólares.

—Hay un lamentable error —volvióse a colocar detrás de su enorme mesa de trabajo y accionó el dictáfono—. Lomel, traiga toda la documentación referente a la última operación con el señor Vernunt.

—¿En qué consiste ese error, según usted? —inquirió Roger Descamps.

—En considerar estafa lo que no fue más que una equivocación, achacable al jefe de almacén, según me informó ayer el jefe de ventas, que vendrá ahora mismo.

Al conjuro de sus palabras, entró un hombre de unos cuarenta años, delgado y elegante, con los entrantes muy pronunciados, amenazando calvicie.

—Veamos, Lomel. Explique a estos señores lo que ha ocurrido con esa operación. Al parecer, el señor Vernunt estafó al señor Shunt, de Filadelfia, y el ayudante del fiscal que investiga la muerte de Jules Vernunt considera que nosotros estafamos a nuestro cliente.

—Nada más lejos de la realidad. Ya se lo dije ayer tarde al señor Achard. Tengo entendido que fueron ustedes dos a visitarle.

—Así es. Entonces reconocieron ustedes que fue una lamentable equivocación del jefe de almacén y dieron a entender que lo habían solucionado satisfactoriamente con el señor Vernunt.

—Exactamente. Aquí tienen toda la correspondencia cursada sobre esa operación.

—Pueden sentarse para inspeccionarla —dijo el director de la Sociedad.

—¿Quieren decir que una operación de esa envergadura se ha realizado sólo por correspondencia?

—El señor Vernunt era antiguo cliente nuestro —dijo Dullain.

Los dos jóvenes tomaron la documentación que les entregaba Lomel y se sentaron en otra mesa de despacho, comenzando a leerla. René Dullain se repantigó en su sillón. Lomel se quedó junto a los dos visitantes y estuvo haciéndoles algunas indicaciones.

—¿En qué ha consistido la equivocación del jefe de almacén? —preguntó de pronto Roger, mirando al director.

El aspecto de Dullain era de absoluta tranquilidad. Pero el joven se fijó en que le temblaba la mano que tenía apoyada en la mesa.

—Dio salida a una pequeña partida de «carbosil» que no llegó a enviar.

La respuesta la había dado rápidamente Lomel. René Dullain se puso nervioso al ver que Descamps le estaba mirando la mano, y la retiró de la mesa, diciendo:

—Un pedido que ascendía a dos mil dólares y que nos ha hecho andar de cabeza hasta que hemos comprobado que no había salido del almacén.

—¿Qué es el «carbosil»? Es la primera vez que lo oigo nombrar —preguntó Roger.

—Una variedad del carborundo que fabricamos nosotros. Tiene las mismas propiedades y es extraordinariamente parecido al diamante. Se emplea con fines industriales, en los mismos casos que el carborundo. El señor Vernunt nos compraba en grandes cantidades para el mercado americano.

—Vendiéndomelos como diamantes y al precio de éstos —gruñó Shunt.

—También le enviamos diamantes de nuestras minas de Katanga. No es difícil que cualquier empleado del señor Vernunt, poco ducho aún, se confundiera y le entregara «carbosil» por diamante. Una equivocación, no una estafa. El señor Vernunt era un comerciante íntegro —dijo Dullain.

—Admitió el error y me devolvió el dinero, cancelando la

operación. Pero dijo que el fraude procedía de ustedes, que le habían remitido diamantes falsificados.

—Nada más lejos de la realidad. Lamento que haya muerto y no lo pueda aclarar personalmente. La única reclamación que nos ha formulado el señor Vernunt fue por cable y se refería al pedido “A”, consistente en «carbosil» por valor de dos mil dólares, que íbamos a devolver al señor Vernunt, si no deseaba que le sirviéramos el pedido —dijo Lomel.

Se inclinó sobre Shunt y tomó la carpeta que les había entregado. Rebuscó y extrajo dos cables, que entregó al americano.

—Lean esto. Son los cables que recibimos.

«PEDIDO “A” NO RECIBIDO. *STOP*. EXPLIQUEN CAUSAS. Vernunt».

Leyeron a la vez los dos visitantes.

Otro cable decía:

«DIA 16 LLEGARE PARIS. *STOP*. URGEN NOTICIAS PEDIDO “A” ÚLTIMO. Vernunt».

—Aquí tienen nuestra única respuesta —dijo Lomel, dándole lo que parecía copia de un cable.

«PEDIDO “A” SERVIDO. *STOP*. IGNORAMOS CAUSAS NO RECEPCION. *STOP*. INFORMAREMOS. Explocongo».

—Muy raro todo esto —gruñó el americano.

—En absoluto, señor Shunt. Una equivocación del jefe del almacén al dar salida a lo que no había servido. Hemos tenido que realizar un trabajo ímprobo hasta descubrir el error. Se me ocurrió a mí esa posibilidad y se hizo un costoso recuento de existencias con tal de tener satisfecho a un cliente como el señor Vernunt. Lo descubrimos el mismo día dieciséis, y esperábamos la visita suya para comunicárselo.

—Y, ¿usted cree, señor Lomel, que un hombre como el señor

Vernunt, que compra por valor de más de medio millón de dólares por correspondencia, se desplazaría a Europa para reclamar con tanta urgencia un pedido no recibido de un importe total de dos mil dólares? —dijo Roger, levantándose.

—De la misma manera que nosotros lo hemos removido todo hasta dar con la causa de la reclamación. El señor Vernunt era un comerciante serio, que concedía mucha importancia a la solvencia y honorabilidad de sus proveedores.

—Quisiera ver el «carbosil» —dijo Roger.

De un cajón de su mesa, Dullain extrajo lo que parecía un pequeño diamante.

—Puede quedárselo, si lo desea —dijo el director.

—Gracias. ¿Es esto lo que le vendió Vernunt? —preguntó a Shunt.

—Sí. Una imitación perfecta.

—Pura casualidad. Lo único que nos interesa no es el color ni la forma, sino su dureza. El nombre comercial que le damos indica claramente que sus principales componentes son carbono y silicio —dijo Lomel.

Roger volvió a leer los cables y la copia. Luego se puso a rebuscar. Encontró el pedido «A» al que hacían referencia.

—Veamos, señor Dullain. Fíjese en esto: «Día dieciséis llegaré París. Urgen noticias pedido “A” último». Eso supone que el señor Vernunt les invitaba a esperarle en el aeropuerto para darle noticias de ese pedido. ¿Le fueron a esperar? ¿No les comunicó posteriormente que había reservado habitaciones en el «Hotel du Midi», donde esperaría esas noticias?

—Son los únicos cables que nos envió. Por otra parte, consideré que lo importante era atender su reclamación y averiguar las causas, que no conocimos hasta el mismo día de su llegada. Esperaba que me llamara por teléfono. Entonces se lo hubiera explicado. Es más, no comprendo que el señor Vernunt haya hecho este viaje por la reclamación de ese pequeño pedido. Tal vez haya sido una excusa para un viaje de placer. Tengo entendido que era de origen francés —habló Dullain.

—De origen y de nacionalidad —dijo Frank.

—O sea que no enviaron a nadie a esperar a un oliente tan importante, aunque no fuera más que para evitar que se enojara y

dejara de comprarles —insistió Descamps.

—No enviamos a nadie —afirmó rotundamente Dullain.

—Bien. Eso era todo. Muchas gracias por su colaboración. Es posible que les moleste de nuevo.

—No es molestia. Comercialmente ha sido una dura pérdida la muerte del señor Vernunt. Desgraciadamente no podemos ayudarle a descubrir el asesino. Seguramente el móvil habrá sido el robo.

—Da la casualidad de que el asesino dejó intacto el dinero y se llevó los documentos que el señor Vernunt debía llevar encima.

CAPÍTULO IX

—Bueno. ¿Qué hacemos ahora? —Inquirió Frank, cuando estuvieron en la calle.

—Podemos perder tres cuartos de hora antes de regresar al aeródromo. A gusto tomaría una copa de coñac.

—¿No se le ocurre nada más provechoso?

—¿Por ejemplo?

—Visitar la ciudad.

—No tenemos tiempo. A menos que usted desee quedarse.

—Tomemos la copa y después cojamos un taxi y que nos de vueltas por la ciudad hasta que sea hora de tomar el avión. Supongo que querrá cambiar impresiones conmigo.

—Como querer, quiero muchas cosas. Pero tengo las manos atadas. Tendrá que encargarse la Interpol. Se pedirá oficialmente cuando llegue u París.

—Creí que le habían convencido.

—Todo lo contrario. Hay muchas cosas oscuras. ¿Qué le parece a usted, Shunt?

—Esos cablegramas son muy sospechosos. Lo mismo que las explicaciones.

—Y el nerviosismo del director gerente.

—Tengo la impresión de que Vernunt intentó estafarme, y que no hizo la menor reclamación a esta Sociedad referente a la estafa.

—Lo que parece evidente es que concedía mucha importancia a ese pedido «A» y que ha sido la causa de su viaje y, hasta es posible, que de su muerte.

—Más bien creo que lo que preocupaba en este viaje a Vernunt era algún problema que tenía en Marsella.

—Posiblemente sea el mismo. Algo relacionado con el dichoso

pedido «A».

—¿Piensa en tráfico ilegal de alguna mercancía?

—Sí. Contrabando. Y lo natural es que sea de día —mantés. Sí, introducción fraudulenta de diamantes en Francia. Sería lo natural en una empresa con fuertes intereses en Katanga.

—Esos cablegramas han conseguido hacerme un lío. ¿Ha leído la carta en que hace el pedido?

—Sí. Cita varias partidas. Diamantes A, B y C, por un importe de quinientos setenta y seis mil cuatrocientos dólares.

—Escuche, Roger. Vernunt me enseñó todas las mercancías que tenía en el almacén. Si las había comprado como diamantes artificiales, no sé si alcanzarían a valer cincuenta mil dólares. Supongamos que me equivoque y que valieran el doble. Quedan casi medio millón de géneros pagados y no recibidos.

—¿Dónde quiere llegar?

—Que pagó esos diamantes falsos como si fueran verdaderos. Y en cuanto al pago, no cabe duda. Se efectuó mediante depósito bancario.

—Esos pagos se realizan tras haber comprobado la calidad y la cantidad de las mercancías. Vernunt debía ser un entendido. Y sin embargo, dio su conformidad al pago por el Banco.

—Toda una gama de hipótesis ha quedado abierta ante nosotros, amigo Roger —sonrió el americano, al tiempo que entraban en un bar.

Frank pidió *whisky* escocés, el francés encargó coñac. Lo tomaron en silencio, pensativos.

—Voy a controlar las entradas por tierra, mar y aire los días anteriores al dieciséis, al tiempo que entra en acción la Interpol. Creo que estamos sobre la buena pista.

—¿Ha pensado que si «Exploitations du Congo» hubiera estafado esa cantidad a Vernunt, éste no habría enviado esos lacónicos y extraños cables ni me habría indicado que lo había resuelto con esa sociedad?

—Ni hubiera ido a París para desde allí dirigirse a Marsella. Habría venido directamente a Bruselas.

—Saque las consecuencias. Sobre todo, teniendo en cuenta que al hacer yo la reclamación no tenía diamantes verdaderos para atender mi pedido, que era lo bastante importante para no ser

desdeñado.

—Hace rato que hemos llegado a la misma conclusión. El pedido «A» no iba dirigido a Vernunt, sino a una tercera persona, que le informó más tarde de no haberlo recibido.

—Correcto. Eso se ajusta a la letra de los cablegramas. Y podemos suponer muy bien que su valor no son dos mil dólares, sino medio millón, aproximadamente.

—Son inmejorables los informes comerciales que obtuve de esa sociedad en París. Si se referían a su capacidad económica, creo que no iban mal encaminados, pero en cuanto a la moralidad...

Estuvieron un rato haciendo cábalas mientras un taxi les conducía a través de la ciudad.

* * *

Paul Grenier, el padre de Paulette, vivía en una magnífica casa de la Canebière, la principal arteria de Marsella, cerca del puerto viejo. Era un edificio comercial, de una empresa consignataria de buques.

Esto fue una sorpresa para Ivette Delange, cuando el taxi que tomaron en la estación de Saint Charles se detuvo frente al suntuoso edificio.

—¿Aquí? —preguntó a su amiga, descendiendo primero y ofreciéndole el brazo para que se apoyara.

—Sí. Pero no vayas a creer que es nuestro. Mi padre es el director de la compañía simplemente.

—Y uno de los principales accionistas, seguramente.

—Deja tranquila tu imaginación, por favor.

Ivette leyó el rótulo de letras de bronce: «Compagnie Maritime D'autre-mer».

Por el recibimiento, Ivette dedujo que no sabían nada de lo ocurrido en París desde hacía tres días. Entraron en la oficina de Paul Grenier. Estaba despachando con su secretaria, y se alegró su semblante al ver a su hija. Luego pareció alarmarse al ver que cojeaba y se apoyaba en Ivette.

—¿Qué te pasa? ¿Has tenido algún accidente?

—Sí. Afortunadamente no ha sido todo lo grave que esperaban.

—¿Qué dices? ¿Se han atrevido a atentar contra tu vida?

Parecía sorprendido e indignado. Miró a su secretaria e hizo un significativo movimiento de cabeza. La empleada tomó unos papeles y salió del lujoso despacho.

Grenier se quedó mirando interrogativamente a Ivette.

—Puede hablar sin ningún disimulo, señor Grenier. Soy íntima amiga de Paulette y estoy al corriente de todo. Los asesinos de su amigo Vernunt han querido matar también a su hija.

—¿Qué dice? ¿Es cierto que Vernunt...?

—Lo apuñalaron en el hotel la misma noche de su llegada. No me atreví a telefonarte por si la policía controlaba la línea. Tampoco me dejaron venir.

—¡Lo pagarán!

—Por favor. Ya hablaremos. ¿Y mamá?

—No está en casa. Vamos arriba. Tu amiga querrá tomar un baño y asearse.

—Mi nombre es Ivette Delange, señor Grenier. Conozco bastantes cosas más que Paulette sobre la muerte del señor Vernunt. No solamente descubrí el peligro en que se encontraba antes de que lo asesinaran, sino que alerté a tiempo a Paulette. Desgraciadamente ella vino muy tarde, y mataron a su amigo precisamente mientras le telefoneábamos para avisarle del peligro.

—Descubrimos el cadáver por ella. Lo predijo. Yo creí que exageraba.

—Hice bastantes cosas más. Sin ayuda de la policía, descubrí y detuve a los tres culpables con la ayuda de un amigo. A quienes no se ha podido detener ha sido a los que obligaron a Paulette a chocar contra un poste, cerrándole el paso. Los patrulleros encontraron su coche abandonado en una calleja, a alguna distancia del lugar del accidente. Pero yo vi a los dos ocupantes y hasta creo que pueda dar con ellos aquí.

—¿Cómo te tendré que decir que esos dos hombres son de la banda de Vitiers y que todo está relacionado con los asuntos que llevaban el señor Vernunt y Frank para resolver en París?

—Decididamente, no estás dispuesta a que se descubra la verdad. Tú sabrás por qué. El susto que te llevaste la noche del crimen por el simple hecho de haber visto que alguien fumaba en tu habitación, lo demuestra. Como el pánico posterior, que se confirmó con la visita de esos dos hombres a la pensión y el atentado

posterior. Ahora tu padre ha demostrado que conoce la identidad de los asesinos. Y ya voy creyendo que no se trata de Vitiers y de su gang.

—¿Qué clase de amigas te buscas, Paulette? Que yo sepa no tenemos mujeres policías en Francia.

—Ivette es diseñadora y estudia arte. Pero no toma demasiado en serio ninguna de las dos cosas y tiene tiempo para practicar judo, alternar con la juventud del barrio latino y dar rienda suelta a su imaginación.

—Descubriendo un crimen y deteniendo a los presuntos asesinos. No olvides eso. También me dijiste que desvariaba cuando te dije que el señor Vernunt estaba en peligro y que debías avisarle.

—Bien. Será mejor que subamos a casa y que me lo cuentes todo detalladamente.

—Si quiere informarse bien, tendrá que oírme a mí. Estoy al corriente de todo —dijo Ivette.

—Paulette tiene razón. Eres muy viva de imaginación, Ivette. Báñate y ve a visitar los monumentos. A corta distancia está la catedral, de estilo bizantino. Desde su terraza contemplarás un maravilloso panorama sobre el puerto, el mar y las islas, de seguro que podrás soñar en cosas más agradables y apropiadas para una muchacha de tu edad.

—Lo haré, señor Grenier. Pero insisto en que deberían ser francos conmigo. Ayúdenme y les ayudaré. Me he dado cuenta de que no les interesa que la policía se mezcle en sus asuntos. Eso lo tienen resuelto confiando en mí. Me reservaré lo que pueda perjudicarles y pondré a la disposición de la Justicia a los que han atentado contra la vida de Paulette.

Grenier sonrió. Le hacía gracia Ivette. Pero la preocupación le venció.

La vivienda de los Grenier estaba en el segundo piso del inmueble. Era una casa sumamente lujosa, que entusiasmó a Ivette.

Hizo lo que le había dicho el padre de Paulette: arreglarse y salir a dar un paseo. Era muy distraída la Canebière, plagada de escaparates atractivos, terrazas de cafés atestadas de gente, y una abigarrada muchedumbre de transeúntes de todos los colores y nacionalidad des.

Durante un rato, Ivette pensó como mujer y se extasió

contemplando los escaparates. Luego vio una mesa libre en una terraza y se sentó. A su alrededor se hablaba en varios idiomas. Acabó aislándose de la multitud y pensando en lo que había oído decir al padre de su amiga.

Aquel «¿Se han atrevido a atentar contra tu vida?», y el «Lo pagarán» que exclamó al enterarse de la muerte de Vernunt eran claro indicio de que conocía a sus enemigos.

El barullo le impedía pensar. Después de tomar un «Martini» se mezcló entre la multitud y busco una calle más tranquila. Se metió en un viejo cafetín.

Unos cuantos hombres jugaban a las cartas en dos mesas. En otra discutían acaloradamente cuatro hombres viejos sobre los asuntos de Argelia. El dueño, obeso, de cara abotargada y mandil salpicado de café y de vino estaba apoyado en el mostrador de mármol, pendiente de la discusión política.

Todos coincidían en criticar a De Gaulle y al Gobierno. Un viejo, por ceder ante la política de terror del
F. L. N.;

los otros, por demorar la independencia de Argelia con su secuela de terrorismo, siendo así que estaba dispuesto a ceder a la larga.

El tabernero miró con curiosidad a la muchacha, demasiado elegante para aquel ambiente, que fue a sentarse a una mesa aislada. Luego, de mala gana, se acercó a ella.

—¿Espera a alguien? —inquirió, mirándola como si quisiera descubrir en su cara qué clase de chica era.

—No. Un «Martini».

—Aquí nadie toma eso. Si le es igual una «Coca».

—Bien. Tráigala.

Le vio esmerarse limpiando un vaso de los que ya tenía por limpios. Luego se acercó cachazudamente con el servicio.

—Muy interesante la discusión —dijo Ivette.

—Pero inútil. Lo que pensemos nosotros no cuenta. De la democracia ya no queda más que el recuerdo. El general hace lo que le da la gana, sin importarle lo que piense el pueblo ni los dirigentes de los partidos. Ni siquiera le importa el criterio del mundo, ni que diariamente caigan unas decenas de hombres en una lucha sin sentido que cada vez nos va envenenando más a todos.

—Tiene usted razón, señor Dusclin. ¡Muy bien hablado! —

exclamó uno de los que discutían en la otra mesa.

—¿Conoce usted al señor Grenier, el de la «Compagine Maritime d’Outre-mer»?

—¡Claro que lo conozco! Se ha situado bien el granuja, después de haber sido jefe de barrio de los Anciens Combatantes del viejo.

—Naturalmente, ahora estará con los ultras.

—¡De seguro! —exclamó un viejo.

—Es la posición más patriótica. Yo también estoy con ellos, no lo niego. Y me alegraría que un día Salan hiciera una de las suyas. Y no se os olvide que la hará —dijo el que discutía con todos.

—No se puede dar marcha atrás. Ha sonado la hora de la libertad de las colonias. Y cuando más tardemos en reconocerlo, peor para nosotros. Negociarán con los rusos. O con los americanos, que están a la que salta.

—Sois unos fanáticos que no veis más allá de vuestras narices. ¿Qué queréis, que pase como en el Congo? ¿Qué garantías nos pueden dar esos fanáticos desagradecidos sobre las vidas y las haciendas de los franceses que han enriquecido a Argelia?

—Tal vez les suene el nombre de Jules Vernunt. Era muy amigo del señor Grenier.

—¡Claro que nos suena su nombre! Como que le buscamos por todas partes para fusilarlo —estalló el dueño.

—Fue más listo que nosotros. Cuando liberemos la ciudad, ya había desaparecido, vendiendo todas sus propiedades aquí.

—¿Por qué le querían fusilar?

—Era del Partido Popular de Dorioto, un partido de chivatos de los nazis. Y puso sus barcos a disposición de los alemanes.

—Lo han asesinado en París Seis cuchilladas.

Todos se alegraron y no fueron resposos precisar mente los que cantaron por su muerte. Estuvieron un buen rato hablando de él y preguntaron a Ivette detalles de su muerte.

—Algún argelino —dijo el dueño del establecimiento.

—¡Quíá! Cualquiera que le haya reconocido por su actuación en la guerra.

—Lo tenía bien merecido. Y no puede quejarse. Ha vivido muchos años más de los que merecía, y de seguro que mejor que nosotros.

—Decían que estaba escondido en sus fincas de Mostaganem,

pero tampoco se le encontró allí.

—Hay quien dice que la venta de sus barcos fue simulada y que seguía siendo el dueño de la mayor parte de la compañía marítima.

—Cómo decir, la gente dice muchas tonterías. Se miró todo muy bien al terminar la guerra.

—Creí que habría corrido por Marsella el rumor de que acababa de llegar a París —dijo Ivette, aprovechando un instante en que nadie hablaba.

—Ha sido demasiado atrevimiento el suyo.

—No tanto. París es muy grande. Y también Marsella, pero aquí no se habría atrevido a venir. Le conocíamos demasiados, y hay cosas que no se olvidan...

Ivette se marchó un rato después. Si se trataba de un crimen político, la responsabilidad se difuminaba demasiado y sería muy difícil localizar al asesino.

CAPÍTULO X

—Te han llamado dos veces de Marsella. Creo que es la misma chica que vino a verte. Ivette se llama, y me ha hecho anotar su teléfono para que la llames en manto llegues —dijo a Roger el dueño de la pensión.

—Deme la nota. Ya se ha metido en otro lío. De seguro que ha encontrado algo —pensó en voz alta.

—¿Qué decías, Roger?

—Nada, nada. Deme la nota, por favor.

—La he dejado debajo del teléfono. Allí la verás.

En efecto, encontró una notita con el nombre de Ivette y un número de teléfono. Pidió conferencia y tuvo que esperar unos diez minutos hasta que le pusieron comunicación.

—¿Ivette? —inquirió—. Hola, soy Roger. ¿Qué haces ahí...? ¿En casa de Paulette...? Sí, te escucho... ¡Diablos, no había pensado en eso...! Me fastidia... No, no es eso. Iré. Es que echa abajo toda mi teoría. O quizá no. Me parece que comienzo a ver claro... No, ya te lo diré. He estado en Bruselas... No seas impaciente... Imposible abandonar esto... En cuanto pueda. Sólo tengo de tiempo hasta mañana a mediodía para encausar a Vitiers o ponerlo en libertad... Prefiero no correr la aventura y apurar la pista que he encontrado. Trabajo contra reloj... Espero que mañana por la tarde. Creo que me llevaré a Frank. Se interesa mucho por Paulette. Ahora mismo se iba a visitarla... Sí, hasta mañana, y no cometas ninguna locura.

Colgó. Fue hasta un sofá y se acomodó, encendiendo un cigarrillo. Se fijó en sus libros y apuntes abandonar dos sobre la mesa. Aquello ya no tenía solución.

Cuando apuró el cigarrillo se tumbó en la cama y si guió pensando.

Se levantó de golpe, fue hasta la mesa y se puso a escribir. Parecía satisfecho. Pensaba mucho lo que escribía, o bien lo hacía con gran rapidez, como si la inspiración le llegara a golpes.

El timbre del teléfono le hizo abandonar el trabajo. Le llamaban de las oficinas del fiscal. El inspector jefe Plovet estaba tratando de localizarle.

Llamó a jefatura. Plovet le comunicó que Víctor Lomel, de «Exploitations du Congo» había estado en París del 11 al 14 de aquel mes. Se había hospedado en el «Excelsior».

Pidió al inspector que le esperase en su despacho y se dirigió allí.

—Iba a interrogar a Vitiers. Cabe suponer que Víctor Lomel se haya puesto en contacto directamente o por mediación de alguien con Vitiers durante su estancia en París y la haya encargado del asesinato de Vernunt, volviéndose a Bruselas para no encontrarse aquí a la llegada de su cliente. ¿Qué fecha tenía el cable en que Vernunt anunciaba su llegada?

—El nueve. Pero nos encontramos con algo nuevo, que usted ya debía conocer. ¿Ha mirado si Vernunt está fichado?

—Sí. Y no lo está.

—Me extraña. Acabo de saber que fue un destacado colaboracionista y que los miembros de la Resistencia le buscaron activamente al final de la guerra para fusilarle. Aún ahora se le odia en Marsella, y eso justifica que viniera con pasaporte y nombre falsos.

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo acaba de comunicar desde Marsella Ivette Delange. Hay más. Vernunt era el principal accionista de la «Compagnie Maritime d'Outre-mer»,

y se rumorea que aún sigue siéndolo, y que posee unas ricas propiedades en Mostaganem. El padre de Paulette Grenier es el director de esa compañía naviera actualmente y también se destacó algo durante el régimen de Vichy.

—¿Antigua venganza, entonces?

—O moderna. Se me ocurre pensar que el célebre pedido «A» se refiere al suministro de una partida de armas a la Organización del Ejército Secreto ya sea en Francia, ya en Argelia.

—Sigue.

—Estoy casi convencido de eso. Hay muchos cabos sueltos que quedan atados de golpe. Desde América, y con dinero propio o de la O. A. S.,

Vernunt compra armas a «Exploitations du Congo», justificando oficialmente los pagos mediante la importación de «Carbosil» a precio de diamante industrial. La «Compagnie Maritime d'Outre-mer»

transporta las armas con sus barcos a territorio francés o argelino. Grenier comunica a Vernunt que la última partida de armas no ha sido suministrada a pesar de haber sido pagada. Vernunt reclama y viene a Francia, a París para desde aquí trasladarse a Marsella a ver qué ocurre, ya que Dullain le ha cableografiado que el pedido ha sido servido. Antes de trasladarse a Marsella cita a los de «Exploitation» para que le esperen en Orly y le comuniquen detalles sobre ese envío. Seguramente habla con el enviado belga y le cita por la noche en sus habitaciones del hotel. Esta entrevista le cuesta la vida porque la compañía belga no ha suministrado esas armas por valor de medio millón de dólares.

—Y el encargado de asesinar a Vernunt por Lomel en nombre de esa compañía es el gang de Louis Vitiers —completó el inspector jefe.

—Al parecer. Pero es muy probable que el enviado de la compañía belga se adelantase a Vitiers y éste no le haya asesinado, por falta de ocasión.

Plovot pulsó un timbre. Entró su ayudante, el inspector Garnot.

—Jules Vernunt debe estar fichado como colaboracionista. Busca su ficha. Tiene que estar.

—La busqué personalmente y no la encontré.

—Tiene que estar —dijo Roger.

—¿No te habrá informado mal esa muchacha?

—No creo. Haría una excelente detective. Lo que temo es que se meta en un lío que le cueste la vida.

Garnot salió, poco convencido de dar con la ficha.

—Creo que podríamos apretar a Vitiers para arrancarle una confesión —dijo Roger.

—Se obstina en negar.

—Delante de mí no se atreverá.

—Le he leído tu declaración y la de Ivette. Tendré que poner al

corriente a la Interpol de los nuevos datos para que orienten su investigación en Bruselas.

—También yo quiero informar al señor Druot. Pero antes quiero interrogar a Vitiers.

Se sentó ante una máquina de escribir y estuvo escribiendo mientras Plovét telefoneaba a la Interpol.

—¿El informe para el fiscal? —inquirió el inspector al colgar el aparato.

—Un momento —murmuró el joven. Y siguió tecleando.

Unos minutos después quitó el papel de la máquina y lo firmó, entregándoselo a continuación al inspector jefe, que ojeó el escrito.

—Vitiers es un zorro viejo. No picará —dijo.

—Nada perdemos con intentar. Creo que esto se ajusta bastante a la realidad.

—Bien.

Leyó bien la falsa declaración atribuida a Víctor Lomel. Luego sonrió y salió del despacho, para regresar poco después y sentarse en su sillón, diciendo:

—Hasta ahora se ha negado a hablar sin estar delante Perrin. Veremos qué pasa.

Entró una taquimecanógrafa y tomó asiento. Al momento, un agente introdujo a Louis Vitiers que había perdido su elegancia natural y tenía aspecto cansado.

—Pierde el tiempo, inspector Plovét. Le he repetido varias veces que no sé nada de ese asunto —dijo, deteniéndose en medio del despacho.

—Siéntate y lee esto. Esta vez no te servirán de nada tus negativas.

—Le digo que no sé nada.

—Léelo.

Tomó la falsa declaración con indiferencia, pero su mano tembló al leer el encabezamiento. Todos estaban pendientes de sus reacciones. Le vieron hacer una ligera contracción facial y perder su expresión de cansancio, para leer con interés.

—Le juro, inspector, que yo no sé nada de ese contrabando de armas, y que no estoy metido en política —casi gritó, separando la vista del papel.

—No te pongas nervioso, Louis. Y sigue leyendo. Creo que te has

metido en un asunto más complicado de lo que creíste al aceptar ese «trabajo».

—Creo que sería una mala cosa para ti que te dejáramos en libertad. El

F. L. N.

no suele tener muchos miramientos con sus enemigos, y París está plagado de argelinos de la organización rebelde —dijo Haber Descamps.

La expresión del gángster era todo un poema. Estaba asustado y no podía disimularlo. Siguió leyendo. El papel le temblaba en la mano. No terminó la lectura.

Levantó la cabeza, diciendo con desesperación:

—Tiene que creerme, inspector. El señor Lomel no me dijo nada de eso. Me ofreció cinco mil francos nuevos por tumbar a Jules Vernunt. Quería que disparáramos desde un automóvil y que nos diéramos a la fuga, como si se tratara de un acto de terrorismo. Pero no se nos presentó la ocasión. Siempre iba acompañado de ese americano y de la señorita Grenier. La primera noticia de la muerte del señor Vernunt me la dio Pierre cuando usted y la otra muchacha nos atacaron en mi casa.

—No podemos creerte. Tú o uno de tus hombres asesinasteis a Vernunt la noche anterior.

—¡No es verdad! Había mandado a mis hombres que le esperasen desde buena mañana delante del hotel y que disparasen contra él en cuando se les presentara la ocasión, pero alguien se les adelantó y lo mataron en su propia habitación, según me dijeron ustedes más tarde. Hagan venir a Pierre y a Antoine y verán cómo es verdad.

—¿Qué le dijo Víctor Lomel cuando le contrató? ¿Por qué quería asesinar a Vernunt?

—Me dijo que había hecho un desfalco en la sociedad donde trabajaba, y que sus jefes se enterarían si se presentara Vernunt a reclamar.

El interrogatorio duró todavía un rato. Luego hicieron un careo entre los tres detenidos. Pierre insultó acremente a Vitiers, por haberse «chivado», e incluso se lanzó contra él para agredirle. Un agente lo impidió.

Roger se fue satisfecho a hablar con el fiscal Marcel Druot, a

quien dio un informe completo. El fiscal le felicitó por su éxito. Le hizo preparar un informe escrito, y le animó para que siguiera sus investigaciones.

CAPÍTULO XI

Ivette Delange se había situado estratégicamente en la terraza de una cervecería. A pesar de la alegre policromía de la muchedumbre que transitaba por la Canebière, la muchacha estaba pendiente de la puerta del domicilio de Paulette Grenier.

Hacía rato que se habían cerrado las oficinas de la compañía naviera. Vio entrar a un pequeño de unos doce años en la vivienda, y más tarde a una elegante mujer rubia, que se despidió en la puerta de un hombre de unos treinta años, de aspecto desenvuelto.

Pensó si sería la madre de Paulette. La había visto reír feliz y despreocupada con el hombre joven. Éste fue hasta un «Alfa Romeo» del que había descendido poco antes la pareja, y se sentó al volante. Esperó unos minutos, pendiente de las ventanas del edificio de la naviera. Nadie se asomó a ellas, y el hombre arrancó, perdiéndose entre la riada motorizada.

Pocos minutos después, Ivette vio salir al padre de Paulette. La joven estaba preparada para aquella eventualidad y había pagado su consumición, que no terminó de consumir. Se fue en seguimiento de Paul Grenier.

La persecución se prolongó un rato, hasta que el hombre entró en un café. Había anochecido. Ivette vaciló. No quería que la viera el padre de su amiga. Entró y se acercó a la barra, entre una amartelada pareja y un hombre cincuentón, que la invitó a tomar lo que quisiera.

No le hizo caso. Vio a Grenier dirigirse hacia un hueco en arcada, sin puerta, al fondo del establecimiento. Se arriesgó a seguirle con naturalidad.

Llegó a la arcada a tiempo de ver cerrarse una puerta de la que salía mucha luz. Fue hasta allí. En la puerta había una placa que

decía: «Chasseur de Sadi-Carnot»^[1], y, debajo: «Admission réservée»^[2].

Miró en todas direcciones. Había otras puertas. Dos tenían letreros. Seguramente había otras peñas. Pegó el oído a la cerradura. Oyó decir a Grenier:

—Tenemos que darles un ejemplar escarmiento, Talvin.

—No hay que perder los nervios, amigo Grenier. Ponina descubrirse todo —dijo otra voz.

—Yo creo que tenemos a un traidor entre nosotros. Sólo aquí comenté la llegada de Vernunt.

—No es seguro que hayan sido los del

F. L. N.

Es mucho el dinero que hay en juego. Y la llegada de Vernunt podía aclararlo todo, si no es él quien nos ha estafado.

—Es absurdo pensarlo. El corría con todos los riesgos o con casi todos.

—Hay que ir a París a aclararlo. Allí o en Bruselas. Tal vez la policía le haya encontrado documentos comprometedores encima.

—Me habrían molestado, y la noticia me la ha traído mi hija.

—Lo discutiremos más tarde, cuando vengan los demás.

—Hay que hacer algo esta noche. Un buen escarmiento. No es eso todo. Han intentado asesinar también a mi hija. La obligaron a estrellar el coche contra una columna. Y fue al día siguiente del asesinato de Vernunt.

—Está excitado, amigo Grenier. Lo importante es descubrir qué ha pasado con el dinero o con el cargamento.

—El capitán del «Vierge

d'Afrique»

sigue esperando en Ostende. Y estoy seguro de que Vernunt venía coa documentos acreditativos de haber realizado el pago.

Ivette tuvo que separarse de la puerta. Había oído el ruido que hacía otra al abrirse.

Se dirigió hacia el mostrador. Un joven la adelantó y la miró en silencio. Ya no se atrevió Ivette a volver de nuevo a la puerta de la peña, de cazadores. Ni siquiera a quedarse en el café. Salió.

Se encontraba en una plaza. Dos edificios más a la derecha vio el «Hotel Regina». El café tomaba el nombre de la plaza: «Sadi-Carnot».

Se quedó paseando despacio por la zona menos iluminada. No perdía de vista la puerta del café. Sucesivamente dos transeúntes se acercaron a ella molestándola. Bastó con no hacerles caso para que la dejaran tranquila.

Un tercero fue más terco y se excedió en sus proposiciones. A pesar de ello, siguió la misma táctica que con los demás y le dijo que no la molestara.

Se volvió de espaldas. El hombre la cogió de un brazo y la hizo dar la vuelta.

—El que esperas te ha dejado plantada. Ven conmigo y te aseguro que lo pasarás mucho mejor.

Quiso Ivette deshacerse. El hombre apretó más e intentó abrazarla.

Inmediatamente lanzó un grito de dolor y retrocedió, llevándose las manos, a los ojos, atacados con una dolorosa «horquilla».

Armaba demasiado escándalo. Ivette decidió hacerle callar y lo consiguió de un «golpe de conejo» en el cogote.

Se alejó rápidamente de allí porque los gritos del hombre habían llamado la atención de algunos transeúntes.

Desde una cervecería puso una conferencia a París. No consiguió localizar a Roger. Regresó a casa de su amiga Paulette. Estaba con su madre y su hermanito.

—Te ha llamado por teléfono Roger. ¿Dónde has estado? —dijo Paulette, al verla entrar en el salón.

—¿Tu madre...? No lo parece. Está casi tan joven como tú.

—Gracias, Ivette. Tienes una simpatía arrolladora. Paulette se quedaba corta en los elogios que me hacía de ti.

—Por favor, mamá. Es desesperadamente cursi todo eso. ¿Cómo sabe Roger nuestro teléfono? ¿Se lo has dado tú?

—Es un muchacho muy listo. Habrá adivinado que estaba en Marsella y en tu casa, en cuanto el inspector Plovett le haya dicho que te autorizó a venir con tu familia.

—Te tengo miedo, Ivette. ¿Qué has estado haciendo tantas horas por la calle?

—No te alarmes. No voy a encerrar a tu padre en la cárcel. Pero deberías jugar limpio conmigo. Eres mi amiga y mi único interés es ayudarte.

—¡Tiene gracia! —dijo la madre, sonriendo y con un tono agudo

de voz que sonaba a falsete.

—¿Qué ha dicho Roger? ¿Ha hablado contigo?

—Con la doncella. Viene a Marsella y me gustaría saber por qué.

—Seguramente acompañando a Frank. ¿Sabes que está por ti?

—A mí no me engañas, Ivette. ¿Qué nuevas ideas bullen en tu cabeza?

—Tú y tu padre deberíais ayudarme. Las represalias no sirven para nada. A quien hay que encontrar es al asesino. Impide que responda al asesinato con el asesinato.

—¿Qué tonterías estás diciendo?

—¡Tienes un humor excelente! —rió la señora Grenier.

Era una mujer vacua, que crispaba los nervios.

—Ya hablaremos más tarde, Ivette. Me disgusta que venga Roger. Te agradecería que os volvierais los dos a París cuanto antes.

—¡Pero, hija! ¿Qué maneras son ésas?

—Por favor, mamá. Deja que mi amiga y yo hablemos de nuestras cosas.

—¿No ves que está bromeando?

Paulette hizo una mueca de disgusto. Ivette se fue a la habitación que le habían destinado. Poco después se presentó allí Paulette.

—No puedo aguantar su cursilería —exclamó, tumbándose en la cama.

—Sí. Sois muy distintas. Muy divertida, ¿verdad?

—Es horriblemente superficial. Pero hablemos de lo nuestro. ¿Qué tonterías estabas diciendo?

—No me gusta la política. Y menos cuando escudándose en ella se asesina impunemente a la gente. Nunca lo hubiera pensado de ti.

—También tú estás agotando mi paciencia. Habla claro de una vez. ¿Qué te imaginas ahora?

—Lo sé todo. Absolutamente todo. Es inútil que sigas fingiendo conmigo. Lo que no comprendo es que te atrevieses a estar sola en París habiendo allí tantos argelinos del

F. L. N.

—Ya. Ahora me imaginas metida en política y en inminente peligro de morir asesinada por esos fanáticos argelinos.

—¿No es así?

—No. Y deja tranquila tu imaginación. Mi padre sufrió prisión al

final de la guerra por ser partidario del mariscal Pétain. No vayas a comprometerte con tus tonterías.

—Un hombre rico como él debería preocuparse solamente de sus negocios.

—Es lo que hace.

—Además del contrabando de armas desde Bélgica en combinación con su amigo Vernunt, que fue un furibundo colaboracionista y puso los barcos de la Compañía al servicio de los alemanes. Ahora, ¿qué pretenden, derribar al Gobierno y sumir al país en una guerra civil? Debes hablarle. Sé que quiere que esta noche sus amigos del

O. A. S.

regalen a los argelinos unas cuantas cargas de plástico. Quizá a ti te haga gracia. A mí, ninguna, y si lo hace, no tendré más remedio que acudir a la policía.

—¿Cómo has sabido todo eso?

—¡Qué importa! Te advierto que no amenazo por hablar. Llamaré a la policía si...

—No sé nada de eso. Te lo juro. Lo que sí sabía es que Vernunt peligraba. Se destacó mucho y tuvo que huir. Gracias a él está mi padre en la dirección de la Compañía. Sé más cosas porque las oí hace años sin que mis padres se enteraran. Se había enfurecido contra mi madre porque había hecho unos gastos excesivos, y le dijo que volviera a la realidad, que no éramos ricos, aunque la gente lo creía. Entonces supe que las acciones que posee mi padre de la Compañía, en realidad son de Vernunt, que esperaba poder volver algún día a Marsella, al frente del negocio que fundó su abuelo.

—Una situación extraña la de tu padre. Solamente es rico en apariencia.

—Cobra un buen sueldo como director de la Compañía. Bastante para llevar un buen tren de vida.

—¿Como el que lleva tu madre? La he visto llegaren un formidable «Alfa Romeo», en compañía de un tipo muy elegante.

—Será Charles, un amigo de la familia.

—No has contestado a mi pregunta. Todo en tu casa es suntuoso. Y las joyas de tú...

—Está bien, Ivette. Es mi madre. ¿Qué quieres que haga yo, si

tiene la cabeza llena de pajaritos? ¿Puedo hacer más que aislarme de ella y estudiar de firme para crearme una posición independiente?

—¡Claro que no! Ya no se trata tampoco de lo que hagas tú, sino de lo que haga tu padre. Creo que está metido en un embrollo; tal vez para ganar dinero y poder seguir este plan de vida, y no por convicciones políticas.

—Le hablaré.

—Debe ser antes de que haya muertos. Le he oído presionar para que esta noche los del

O. A. S.

hicieran un escarmiento a los argelinos, y sé que en el puerto de Marsella trabajan muchos centenares.

Ya se había acostado su hijo y Paulette cuando llegó Paul Grenier. Su esposa e Ivette estaban viendo la televisión. La muchacha esperaba la llamada telefónica de Roger. Suponía que habría tomado el primer avión para Marsella.

Se sentía muy sola e impotente ante la magnitud que tomaba aquel asunto. Pensaba que lo mejor era avisar a la policía, y lo hubiera hecho si no se tratara precisamente del padre de su mejor amiga.

No confiaba demasiado en que Roger tomara el avión. Posiblemente se presentara al día siguiente por carretera o ferrocarril. Sin embargo, esperaba en el salón, cerca del teléfono.

Grenier no llegaba de buen humor, precisamente. Dijo un «hola» seco y siguió hacia el comedor.

—Paulette me ha pedido que entre a verla en cuanto llegara —dijo Ivette.

—¿Se encuentra peor?

—Será por cualquier tontería. Cena. ¿Quieres que...?

—No te molestes.

Siguió hasta el comedor. Su mujer no se levantó del sillón. Ivette pensó que no se llevaban muy bien o que la madre de Paulette tenía un extraño concepto de sus deberes conyugales.

Un rato después, dijo la señora Grenier:

—Cuando te canses, lo apagas. Me aburre soberanamente.

—¿Va a acostarse?

—Sí. Tengo un marido muy aburrido.

Abandonó el salón. A Ivette no le interesaba el programe. Pero no desconectó. La televisión le permitía permanecer allí, en espera de que el señor Grenier hablara con su hija. Esperaba que después la abordaría.

Llevaba un buen rato sola, cuando sonó el teléfono. Se levantó precipitadamente y lo descolgó. Se alegró su semblante cuando oyó la voz de Roger preguntando por ella.

—Soy yo misma. Me has dado una gran alegría. Ven ahora mismo. Tengo cosas mucho más importantes que decirte... No, no te importe la hora. Es muy urgente. De ello quizá dependa la vida de algunas personas... Ya te contaré. Es en el diecisiete de la Canebière. Te esperaré en la puerta.

Colgó. Volvía a recobrar la confianza. La voz del señor Grenier le paralizó la sangre:

—¿Con quién hablabas?

Se volvió con un movimiento nervioso. El hombre estaba enmarcado en una puerta. La miraba fijamente, con los delgados labios cerrados y formando una línea de determinación.

—Con... mi novio.

—Ese Roger Descamps, ¿no?

—¿Quién le ha dicho su nombre?

—Paulette hace un momento.

Lo dijo mientras avanzaba lentamente hacia ella. Fulguraban sus pupilas. La muchacha sintió miedo. Hacía un buen rato que no veía a la doncella. Los demás habitantes de la casa se habían acostado y los dormitorios estaban lejos, en la parte posterior del piso, que era muy grande.

Quiso sobreponerse. A hombres más fuertes les había noqueado. Pero el aspecto de Grenier le destrozaba los nervios. Durante un momento quedó paralizada junto al teléfono. El hombre se acercó a ella.

—Paulette me ha contado muchas cosas. Todo lo que le has dicho. ¿De dónde te has sacado eso? ¿Qué sabes tú del

O. A. S.

y de lo que proyecta o deja de proyectar?

Hablaba el hombre suavemente, amenazadoramente... Ivette hizo un poderoso esfuerzo después de retroceder un poco, y logró sobreponerse.

—He oído lo que decía usted en «Les chasseurs de Sadi-Carnot». Y sé otras muchas cosas. No crea que me va asustar. O detiene la acción criminal de sus amigos, o daré cuenta a la policía, sin tener consideración a que sea el padre de Paulette.

—¿Qué otras cosas sabes? —inquirió suavemente, avanzando más hacia ella.

—¿Qué intenta? Le digo que no me va a asustar.

—No, no intento asustarte. Dime, ¿qué más sabes? Puedes decirlo. Sólo yo te oiré. He hecho acostar a la servidumbre. Y estamos solos, solos ante las miradas ciegas de esos tres guitarristas y de esa muchacha que canta.

Fue hasta el televisor y aumentó la potencia del sonido. Ivette comprendió y echó a correr hacia la puerta por donde había entrado el hombre. La alcanzó, la cogió de un brazo, y de un tirón la arrojó contra un sillón.

—Todo es inútil. Puesto a elegir entre tú y yo, no puedo vacilar. Nadie podrá pensar que mandé raptar a mi propia hija. Nadie podrá pensar que maté a mi mejor amigo. Eres demasiado lista y demasiado entrometida. Cuando venga ese Roger, le diré que has salido a esperarle. ¿No es eso lo que le has dicho? Afortunadamente son frecuentes los crímenes de los argelinos. A nadie le extrañará encontrarte apuñalada en el Puerto Viejo.

Había avanzado hacia ella. Se desabrochó la chaqueta y apareció, sobresaliendo del pantalón, el mango de un cuchillo de cocina, de ancha y puntiaguda hoja, que Grenier extrajo sin apresuramiento.

Ivette se había puesto en pie. Pensó en la pistola de Vernunt. Se la había quedado Roger. Se puso al otro lado del sillón. No pensó siquiera en gritar. Nada detendría a Grenier después de haberse confesado autor del asesinato de Vernunt.

Trató de ganar tiempo. Tal vez llegara Roger. Pero no, seguramente llevaría mucho rato cerrada la puerta de la calle.

—Ha querido quedarse con las acciones que no le pertenecen y lo único que va a lograr es hundirse usted y hundir a toda su familia. Aunque consiga matarme, no podrá escapar a la acción de la Justicia. Se lo he dicho a Roger. Y también a su hija. ¿No comprende que se descubrirá fácilmente que me ha matado usted?

El hombre no contestó. Tenía el cuchillo levantado a la altura de

su hombro. De pronto, saltó hacia la joven y el puñal buscó su cuerpo. Ivette dio la vuelta al sillón, esquivando el ataque. Ni aún entonces gritó.

El hombre rodeó el sillón. Ivette corrió, protegiéndose detrás de un sofá. Estuvieron un momento jugando a un trágico escondite, siempre con el sofá entre los dos.

El hombre se había puesto nervioso. Sonó el timbre del teléfono.

—Todo igual. También sonó cuando maté a Jules —dijo el hombre entre dientes.

Y al terminar de decirlo, saltó violentamente contra el sofá, descargando una cuchillada hacia el lugar que ocupaba la joven.

Tropezó con el mueble, que acortó el alcance de su brazo. A pesar de ello, rasgó la manga izquierda de Ivette, y la sangre manó a continuación.

El dolor y el miedo la hicieron reaccionar. Aún estaba bajo el cuchillo, cuando Ivette asestó un golpe con el canto de la mano al parietal de su enemigo.

Le hizo aullar de dolor y vacilar. La que no podía vacilar era la muchacha. Atacó de nuevo. El hombre dirigió el cuchillo hacia ella. Ivette tuvo que variar de objetivo y sujetó la muñeca armada, retorciéndosela y forcejeando para desarmarle.

No podía. Era mucho más fuerte el asesino. El teléfono seguía sonando. Grenier se izó en el asiento del sofá. Con el puño izquierdo golpeó la cara de la muchacha y forcejeó para evitar la torsión de la muñeca.

Exponiéndose a ser herida, Ivette consiguió aplicarle el «*crack*» del brazo, con el sano propósito de romperselo.

El asesino cedió y salió disparado por encima del hombro de la muchacha. El batacazo fue formidable. Grenier lanzó un alarido de dolor. Ivette se lanzó sobre él, lo sujetó y comenzó a golpearle la nuca con todas sus fuerzas. No pensó siquiera en que podía matarlo.

No le dejó hasta que comprobó que su inmovilidad no era fingida. Le dio la vuelta para arrebatarle el cuchillo y dio un grito, retrocediendo aterrorizada. El cuchillo estaba clavado en el pecho del hombre hasta la empuñadura.

Gritó de nuevo y se tapó la cara. Luego quedó sobrecogida. Un locutor de la televisión presentaba a un chansonnier, y el teléfono insistía en sus llamadas.

Pensó que pudiera tratarse de Roger y fue hasta el teléfono.

—Roger, ¿eres tú?

—Sí. Estoy en la cafetería de...

—¡Es horrible! ¡Lo he matado!

—¿Qué dices? ¿Dónde estás?

—A Grenier, al padre de Paulette. Ven, por favor.

—Estoy en la acera de enfrente. Ábreme la puerta, si puedes.

* * *

Bajó las escaleras sintiéndose desfallecer. Ni siquiera pensó en que no llevaba llave hasta que estuvo en el portal. Alguien golpeaba la puerta por fuera.

—Roger, no tengo llave. Trataré de abrir.

La consiguió accionando las fallebas. Bastó un empujón de Roger. Se habían concentrado algunos curiosos en la acera, pero no entraron.

En el piso todo seguía igual. Atropelladamente, Ivette le fue contando por la escalera lo que había sucedido y la declaración de Grenier.

El joven auscultó a la víctima.

—Todavía vive. Llamaré a la policía.

—¿Qué pasará si muere?

—No te preocupes. Pero tendrás que buscarte otros pasatiempos si quieres casarte conmigo.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. Gracias a ti voy a dar un buen salto en mi carrera.

—¿Llamo a Paulette?

—No, mejor que me lo expliques todo con mayor detenimiento mientras viene la policía y una ambulancia.

—Lo que te aseguro es que de ahora en adelante seré una muchacha más. Es horrible. ¡Pobre Paulette! ¿Qué dirá de mí? No sabía nada de las actividades de su padre.

—Has debido pensarlo antes y dejarte matar —respondió, dirigiéndose hacia el teléfono y apegando el televisor de paso.

Ivette se dejó caer en un sillón, y comenzó a sollozar. Roger la contempló satisfecho.

FIN

Juan Bautista Lacasa Nebot (Valencia, 1913-1984).

John Lack era el pseudónimo que empleaba para sus novelas del oeste y policiacas, aunque también empleó los seudónimos de John Nebot, o Bautista Lacasa para la novela romántica. Que yo sepa, en el género policíaco desarrolló su labor en el mundo del bolsilibro dentro de la editorial Dólar (en la colección CIA especialmente), aunque con incursiones en otras editoriales, como Tesoro (en la colección Círculo Negro) o Alhambra (Scotland Yard). Tan sólo publicó dos novelas dentro de la colección Servicio Secreto de Bruguera, y tres (aunque puede haber más) en F. B. I de Rollán.

También se adentró en los géneros bélico y de aventuras dentro de la colección Comandos, de editorial Valenciana, y participó activamente en la siempre curiosa «Celebridades», de editorial Dólar, colección dedicada a narrar las vidas noveladas de personajes célebres, que también incorporaba biografías de personajes ficticios (Sherlock Holmes, Fantomas, Arsenio Lupin y Sandokan).

Además de su labor como escritor de literatura de kiosko, Juan Bautista Lacasa Nebot fue guionista de cómics (destacando «La estampida del Oro», editada en 1976 en forma de serial durante 31 episodios en «El Acordeón») y de cine, con títulos como Operación Relámpago (due mafiosi contra Goldfinger), dirigida por Gioro simonelli en 1965; Dos contra Al capone (1965), Fedra West (1968), Diabólica malicia (La tua presenza nuda, 1972), o La carga de la policía montada (1964).

Notas

[1] Cazadores de Sadi-Carnot. (N. del E.). < <

[2] Entrada reservada. (N. del E.). < <